

LA SEMANA

REVISTA POPULAR. 10, Carrera S. Jerónimo, MADRID

LOS HÉROES ESPAÑOLES EN MARRUECOS



El teniente de la Policía indígena, D. Altonso Gómez Cobián, al ser curado por los médicos de las heridas que sufrió recientemente.

(Foto Lázaro.)

RETIRADA DE UN TORERO



El torero madrileño "Regaterín", abrazando a sus compañeros "Gallo" y Belmonte en la plaza de Madrid, después de haber matado el último toro.

LOS REYES EN LA GRANJA



S. M. la Reina, acompañada de la infanta Beatriz, saliendo de Palacio para dar un paseo a caballo.



D. Alfonso paseando por las calles de La Granja, sin sombrero, como es allí en el costumbre habitual.

(Fotos Marin.)

LAS ARTISTAS DEL TEATRO



Patrocinio Palma, bellísima artista, que el martes debutó, con gran éxito, en el Gran Teatro, cantando "Lohengrin".



Amalia Guillot, que en el estreno de "Más fuerte que la voluntad", en Romea, fué muy aplaudida y elogiada.

LA SEMANA

Año I

1.º Julio 1916

Núm. 7

DIAS DE EXAMENES

Todo estudiante debe comenzar la preparación para los exámenes de sus asignaturas por un examen de conciencia. En este acto solemne se encontrará a sí mismo, temible encuentro que esquivamos todos a diario arrojándonos en el bullicio de la vida social o entregándonos a las ciencias o las artes. No hay miedo superior al que uno a sí propio se inspira. Afrontar un encuentro consigo mismo constituirá para el estudiante un sano ejercicio espiritual que le disponga a vivir en la verdad, fuera de cuyo ambiente no se fragua personalidad alguna estimable ni completa.

A la edad a que se estudia en las Universidades, un examen de conciencia no es todavía algo temible y doloroso; todavía entre el hombre que uno debe ser y el que es efectivamente, no se han agriado tanto las relaciones que ambos no puedan encontrarse sin que el primero se irrite y el segundo se avergüence. En esa edad conviene que los dos hombres que tienen por cárcel nuestra piel, conferencien con frecuencia, y todo joven debe procurarlo. Cuantos no adquieren ese hábito de muchachos, están condenados de por vida a huir de ellos mismos, siempre descontentos y huraños; si vencidos, por el dolor de la derrota; si vencedores, por la convicción de lo inmerecido de su triunfo.

Nada más fácil que hacerse pasar por sabio. La general incultura del país favorece toda osadía, y así en la vida intelectual española ha llegado a alcanzar preponderancia asombrosa hasta imponerse como instrumento general de cambio, el cartucho de perdigones. ¿Qué se ha conseguido con eso? Hay en el mercado abundancia de títulos, diplomas y menciones que no corresponde a la positiva cultura nacional y ese exceso de circulación fiduciaria nos coloca en el número de los pueblos que, como diría Salisbury, tienen su ilustración *averiada*. El Estado expide certificaciones de capacidad con socarrona benevolencia, a sabiendas de que la cultura general no aumenta en la necesaria proporción, y nos empuja al desastre, como un Banco que emitiera series de billetes sin preocuparse de reforzar de un modo conveniente sus reservas en metálico. De ese modo ha llegado a producirse este lamentable *Krack* que en la esfera oficial se traduce por la depreciación de los títulos y en la más amplia de las actividades humanas, por nuestra ineptitud para la vida.

Hoy más que nunca, sin embargo, tiene el estudio porvenir en nuestra patria, que sintiendo las necesidades de la vida europea, apenas si halla entre sus hijos quienes puedan satisfacerla. La inteligencia y la actividad extranjeras explotando nuestras industrias, avasallando nuestro comercio, imponiéndonos su cien-

cia y su arte, pregonan a diario la impotencia de la cultura nacional. Cánovas decía cierta vez leyendo una lista de conspiradores, que con aquellas gentes se podía ir a un baile, pero no a revolución. Sin duda de nuestros hombres más prestigiosos podría decirse algo análogo, en vista de su ineptitud para crear una ciencia, una industria, un arte, un comercio genuinamente españoles. Seres decorativos, brillan tanto en una recepción oficial como se oscurecen en el laboratorio, en la cátedra o en la factoría, allí donde la materia espera recibir de la inteligencia el soplo que vivifica. Ostentan sus títulos como las botellas su etiqueta, pero vacíos o llenos de *otra cosa*, llegado el momento de descorcharlos encuentra el país que no es sino agua de seltz lo que tenía por champagne incomparable.

Solamente la juventud que hoy cursa en nuestros centros de enseñanza puede poner remedio a ese mal, acostumbrándose desde ahora a ser sincera consigo misma, y a no codiciar título alguno que no tenga previamente merecido. No ha de poner su aspiración en el diploma, sino en alcanzar la cultura que el documento supone. El prestigio de las certificaciones oficiales como el de las marcas de fábricas estriba en la bondad del producto. No hay manera de que honre un título profesional si antes no se le honra y enaltece con el trabajo.

— Hay que estudiar seriamente, continuamente, por puro amor a la ciencia, sin otra preocupación que la de explicarse los fenómenos que solicitan la mirada; sin otro anhelo que el de llegar con la naturaleza a la comunión íntima que el conocimiento científico supone. Todo lo demás, se recibirá por añadidura.

Ramón Cajal, decía en ocasión solemne, que había comenzado a estudiar por patriotismo, avergonzado de que ningún nombre español figurase en la pléyade de los que habían contribuido con sus trabajos al desenvolvimiento científico. Un estímulo menos elevado, pero por lo mismo asequible a mayor número de gentes, el del propio interés, aconseja a nuestra juventud que se entregue al estudio sin tregua ni descanso. La generación que viene no luchará, se impondrá si lo merece. Le bastará, como a César, llegar para vencer. No encontrará quien le haga resistencia. Los que hoy ocupan puestos por derecho propio, ansían su llegada, y la tenderán los brazos para animarla. Cautivos de la general ignorancia sentirán con júbilo acercarse el ejército libertador. Unos y otros tienen ante ellos, como el Juan de la *Debaque*, toda una patria intelectual que crear.

José Verdes Montenegro.

NO COMPRAR NADA

SIN VISITAR EL

BAZAR X

ESPOZ Y MINA, 4

Biblioteca Nacional de España

LA REVOLUCION DESDE ARRIBA

La Historia es la política del pasado, como la política es la Historia del presente.

(Freeman).

Este artículo no es propiamente un artículo; es el esquema de un artículo que otro día, con más tranquilidad, escribiremos, si Dios es servido y las Cortes siguen abiertas.

LAS IMPERIOSAS VACACIONES

Estamos en las Cortes llamadas de «la liquidación del desastre»; esto es, en las de 1899. El actual presidente del Consejo, que aún no había sido ministro, pero que vislumbraba ya la cartera, decía, al apoyar su famosa proposición incidental contra Villaverde:

— «¿Es posible, señores diputados, que haya llegado el 20 de julio y estemos, si no todos, la mayoría de los diputados, sin saber cuáles son los propósitos del Gobierno, etc., etc.?»

LAS CÁMARAS DE COMERCIO

Actualmente las Cámaras de Comercio han protestado contra el proyecto de beneficios extraordinarios por la guerra. El 20 de noviembre de 1898, las Cámaras de Comercio, reunidas en la resonante Asamblea de Zaragoza, luego de proclamar la proscripción de la «política de partidos», votaron, entre otras conclusiones sobre Hacienda, las siguientes:

I. Urgencia de que se practique un escrupuloso balance para que sepa la Nación con exactitud el estado actual de su Hacienda.

II. Unificación de la Deuda pública, sobre la base del respeto a los derechos de los acreedores del Estado, que afiance el crédito nacional *procediendo a la reducción del tipo de interés* mediante un concierto celebrado con aquéllos.

V. Investigación de la riqueza oculta estableciendo penas severas, hasta llegar a una multa equivalente al valor de la propiedad oculta.

VIII. Revisión de los monopolios y arrendamientos concedidos y *anulación de los que padezcan vicios de origen o resulten lesivos para el Estado o para el contribuyente*.

IX. Además del alivio que produzcan en los gastos la reducción de intereses de la Deuda, se procederá a *reforzar los ingresos con la contribución mobiliaria*.

XII. El Banco de España responderá a los fines comerciales que a esta clase de establecimientos atribuye el Código de Comercio, o, en caso contrario, se pondrán en vigor las disposiciones, suspendidas hoy, a causa del privilegio que el Banco disfruta.

LAS BASES DE COSTA

Ya nadie, o casi nadie, se acuerda. Pero a los pocos días de la Asamblea de Zaragoza publicó *El Liberal* un famosísimo Manifiesto, el de la Liga Nacional de Productores.

He aquí algunas de aquellas bases, redactadas por el maestro:

Criterio general. Política reductora o simplificadora. La ley en biología es el cuerpo vivo de sus órganos; aquí, al revés, los órganos han vivido abrazados al cuerpo, como la yedra al árbol, y lo han aniquilado. Se impone una poda muy profunda, etc., etc.

Política sumarisima, sacrificando la perfección a la prontitud de los resultados, *porque no podemos esperar*. (Entonces no se había encarecido la vida por una guerra universal, ni costaban las cosas siete u ocho veces más que de ordinario, etc., etc.)

ESCRITORES ESPAÑOLES A AMÉRICA

Política «reparadora», y, por tanto, para la blusa y el calzón corto principalmente.

Ser oportunista en todo.

Hacer de derecho público las obras de misericordia.

Concurso de todos; el hambre no es republicana ni monárquica.

Abaratar la Patria, de modo que la condición de español deje de ser un mal negocio.

Salto del tapón para el pueblo.»

LA LISTA GRANDE

Solamente por un proyecto—el de beneficios de la guerra—se ha promovido contra el Sr. Alba lo que hemos llamado en el *Heraldo de Madrid* «una cruzada mercurial», esto es, inspirada por el dios Mercurio.

Recordemos que Villaverde presentó a las citadas Cortes de 1899 los siguientes «Proyectos complementarios de los Presupuestos generales»: Impuesto de utilidades, 115 millones de pesetas; derechos reales, 36; minas, 1.600.000; títulos y condecoraciones, 900.000; cédulas personales, 1.400.000; Aduanas, 124 millones; exportación de minerales, 8; transportes, 10; azúcar, 20; achicoria, 600.000; consumos, 90; viajeros y mercancías, 15.500.000; timbre, 62; gas y electricidad, 4.500.000; sal, 9, y tabacos, 123.

Total, unos 600 millones de impuestos complementarios; todo esto, sin contar con que el propio Silvela, contestando a Romero Robledo, tras de hablar de que los rentistas tenían en su poder más de tres millones de valores públicos y de que en ocho años las cuentas corrientes del Banco se habían elevado desde 200 a 820 millones de pesetas, decía:

—«Y en estas condiciones, ¿le va S. S. a decir a la Europa, sin que le responda una carcajada universal, que no podemos elevar nuestro presupuesto a 900 millones de pesetas?»

Actualmente, las cuentas corrientes del Banco, en vez de los 800 millones que tanto estimulaban a Silvela en su acción fiscal, suman la friolera de 2.780 millones.

LORD BEACONSFIELD Y MAURA

Decía lord Beaconsfield: —El deber del hombre de Estado es efectuar, por medios pacíficos y constitucionales, todo lo que haría una revolución por medios violentos.»

Decía el Sr. Maura, a nombre de la minoría liberal gamacista, en las Cortes de 1901:

—«Por eso he dicho y repito que España entera necesita una revolución en el Gobierno, y que si no se hace desde el Gobierno, un trastorno formidable la hará; porque yo llamo revolución a eso, a las reformas hechas por el Gobierno radicalmente, rápidamente, brutalmente, tan brutalmente, que basta para que nadie pueda ser indiferente, para que tengan que pelear aquellos mismos que asisten con resolución de verse alejados.»

Después de estas palabras, el Sr. Maura ha gobernado varias veces y no se ha hecho la revolución ni desde arriba ni desde abajo; no ha habido más trastorno que el de la «semana sangrienta» en Barcelona; y ahora, cuando contra el proyecto de beneficios por la guerra se organiza la gran cruzada mercurial, la sombra de lord Beaconsfield flota sobre nuestro Parlamento de abogados...

Cristóbal de Castro

Está prohibida la reproducción de texto y grabados de LA SEMANA a todo el que no haga mención de su procedencia.



D. José Ortega Gasset, joven e ilustre catedrático, que marcha a Buenos Aires, invitado por aquella Universidad para dar en ella una serie de conferencias.



D. José Ortega Munilla, insigne escritor, verdadero maestro de periodistas, que acompañando a su hijo, marcha también a Buenos Aires. (Fotos Alfonso.)

AL AIRE LIBRE

En este humilde rincón, lleno de flores, donde me he impuesto la venturosa penitencia de no tratar con nadie, recibí, hace muy pocos días una visita original. Aunque hubiese pretendido sustraerme a ella, no lo hubiera logrado. Se coló de rondón, sin anuncio previo, sin campanillazo de aviso. Además, la visita era soportable. Me ofrecía la seguridad de no volver en mucho tiempo.

Mediaba el día. La sombra de junio acariciaba mi cuerpo con su fecundo y tibio calor; mis ojos iban de un árbol a otro, como mi pensamiento de una a otra idea. Sobre el ancho túnel de rosales, por entre cuyas hojas se cernían, adquiriendo tonalidades verdes, los rayos del sol, sultaneaba un enjambre de pájaros; a mis pies se abrían las violetas, enviándome bocanadas de olor suavísimo, y enderezaban los pensamientos sus aterciopeladas cabecitas de gnomo; el cielo estaba azul, alegre la tierra, soberbio el sol. ¡Qué dulce y encantadora soledad la mía!

Vivir siempre así, sin pensar en nada, sin ocuparse de nada, siendo otra planta más, ¿no sería la dicha completa?, murmuraba yo. Y ya que esto no es posible, porque la vida humana es lucha y trabajo, ¿por qué no habíamos de tener todos los hombres, para descansar de trabajos y luchas, un pedazo de tierra cubierto de flores, lo que tienen los pájaros: un nido, pero un nido nuestro, completamente nuestro, en el que sólo hubiésemos de aguantar a un casero: a Dios?

¡Qué dichosa viviría la Humanidad entonces! Un pedacito de tierra para cada uno y nadie sería rico; pero seríamos todos felices. No tropezarían nuestros ojos con esas fastuosas representaciones del lujo que producen el asombro y la envidia; pero no tropezarían tampoco con esas horribles miserias que provocan el espanto y la indignación. Para lograr esto, ¿qué necesitamos los hombres? ¿Ser buenos? No; ser justos.

Así pensaba yo mientras el humo de mi cigarro describía en el espacio espirales azules, cuando un ruido de instrumentos músicos distrajo mi atención y la condujo hacia donde el ruido sonaba.

Por la calle que afronta con la verja de mi jardín avanzaban tres hombres y tres niños. Los hombres eran ciegos y rascaban un violín cada uno; los chicos eran: un muchacho vestido a la aragonesa y dos niñas trajeadas de rojo, con zapato bajo de seda, medias de color de carne y flores en el pelo. La más pequeña tendría ocho años; la mayor, doce.

El grupo, al que rodeaba una turba de granujillas, se detuvo frente a la verja; preludivieron los ciegos unas sevillanas, y el niño, vestido de aragones, y la niña mayor se dispusieron a bailar.

—Vaya—les dije, interrumpiendo los primeros compases del baile—. Ya que ello ha de ser, pasen ustedes; al menos, tocarán sentados.

Pasaron los músicos; quedaron los granujillas fuera, agarrándose a los hierros de la verja y haciendo gestos y contorsiones, como si fuesen monos en jaula; sentáronse los ciegos, reanudóse la interrumpida sevillana y comenzó el baile.

¡La sevillana!... ¡Hermosa y poética danza cuando se ve a la puerta del cortijo, bajo el ancho emparrado, donde mozos y mozas secretan amores y el vino corre de mano en mano, y las guitarras suenan, y las viejas murmuran, y los pájaros cantan, y una voz fresca entona la picante copla, mientras bailaoras y bailaoras agitan sus flexibles cuerpos con rítmico compás y el sol lanza sobre la tierra el polen dorado de su luz!... Entonces es la sevillana símbolo delicioso de juventud y de alegría. Es la pasión, desbordándose en notas vibrantes y sensuales cimbres. Pero como yo la contemplaba en aquella tarde, bajo el verde túnel de rosales, entonada por tres violines viejos, traducida en notas por tres infelices a cuyos ojos muertos llegaban estérilmente los rayos del sol y bailada por tres chiquillos pálidos y tristes, era la sevillana una danza lúgubre, un símbolo amargo de abandono, de miseria y olvido: el hombre haciendo contorsiones ridículas para pedir un mendrugo de pan.

Y lo que más cruelmente me impresionó en el siniestro grupo fué la chiquilla de doce años: una criatura pálida, morena, con los ojos grandes y negros, los labios encendidos, los dientes blancos, el pelo rizado y el cuerpo esbelto, un cuerpo andaluz donde comenzaba a esbozarse las líneas de la pubertad.

Aquella niña tenía ya expresión de mujer hecha. Sus ojos, medio entornados, despedían respaldos lascivos, y cuando pasaba cerca de mí, siguiendo los compases del baile, su cabecita echada hacia atrás y su boca entreabierta, parecían ofrecerse y brindar impuras caricias. No había en los movimientos de su cuerpo la gentil inconsciencia de una chiquela inocente que baila por divertirse o por divertirla, sino el propósito firme de sublevar deseos y excitar apetitos. La lascivia es umbrosa, y a la pobre niña le habían enseñado a excitarla. A mayor excitación, mayor limosna. Como la caridad es una virtud vieja, necesita estimulantes energéticos para ser fecunda.

Esto debieron enseñarle a ella, y ella procuraba sacar fruto a las recibidas enseñanzas.

¡Infeliz criatura!... Aún no era mujer, y ya sabía que su cuerpo representaba un capital, que necesitaba poner en circulación para no morir de hambre; ya le era preciso entornar los ojos, entreabrir la boca, mover las caderas y echar el busto hacia adelante, para que las gentes, seducidas por su baile y por su hermosura, contribuyesen al sostén de la familia de mendigos que le cupo en suerte.

Andando el tiempo, ¿qué sería, qué podría ser aquella muchacha?... Una de tantas como andan por ahí: una infeliz más.

¡Qué remedio!... Sin pan, sin amparo, sin que nadie se ocupara en dirigir su alma y en cultivar su inteligencia, con hermosura en el rostro y hambre en el estómago, seguiría por esos caminos mendigando el sustento hasta que comprendiese que servía para otra cosa que para bailar sevillanas y pedir una perra chica.

Otro pedazo de humanidad destinado a partirse.

Y ¿por qué?

Por nada.

Ya que la vida humana es lucha y trabajo, ¿por qué no habíamos de tener todos, para descansar de trabajos y luchas, lo que tienen los pájaros, un nido propio, un pedazo de tierra nuestro, completamente nuestro? Un pedacito para cada uno, y nadie sería rico, pero nadie tampoco infeliz.

Joaquín Dicenta.

LA GUERRA

Los golpes de ariete que los rusos han dado en la línea ocupada por los austro-alemanes en Oriente han sido tales que han producido dos hendiduras, una en Wolhynia y otra en Bukovina, y esos golpes han repercutido en el mundo entero, despertando en unos dormidas esperanzas y produciendo aplanamiento en otros. Y el caso no es para tanto. Las olas que batan furiosamente la costa arrollan todo en las playas, pero cuando tropiezan con una peña llega un momento que vienen mansamente a besar sus pies. Y aunque de los besos que actualmente dan los rusos a los austro-alemanes Dios nos libre, ello es que lo que en los primeros momentos pareció arrolladora tromba o el rodillo laminador de que los ingleses hablaron al principio de la guerra, lentamente ha ido perdiendo su fuerza inicial; y si ciertamente los austro-húngaros han tenido que seguir cediendo en la Bukovina hasta replegarse en las estribaciones de los Cárpatos y en el sector de Wolhynia aún se lucha, todo induce a pensar que el máximo esfuerzo ya lo han ejecutado los rusos y que han logrado el máximo efecto de él, sin que puedan esperar mayores ventajas sin lanzar una nueva avalancha de hombres, que la tendrán o no, pues si a mano la tuvieran, no la guardarían para mejor ocasión. Grande ha sido el resultado obtenido por los moscovitas si se compara con los éxitos logrados por los aliados en Occidente: pequeño si se tiene en cuenta la masa empleada para producir las citadas hendiduras. Grande fué el puñetazo, pero deshechos deben haber sacado los nudillos los rusos.

Lo que cabe preguntarse ahora, es cómo se dejaron sorprender los austro-alemanes, y ellos que siempre (si se exceptúa en Italia) han tomado la ofensiva, sabiendo bien la diferencia que hay entre la espada y el escudo, permitieron que la iniciativa pasase a manos de los rusos. Muy lejos estamos del teatro de la guerra, y muy pocos datos tenemos; pero afinando la puntería y estando atento al más leve rumor que del campo de batalla venga, a veces se consigue atrapar la verdad. Que austriacos, alemanes y rusos permanecieran mano sobre mano durante el invierno, cañoneándose sólo para demostrar que la guerra existía justificada está, que hasta los niños saben ya que no es posible operar en esa época en Rusia. Lógica es también que los alemanes comenzaran en febrero el ataque a Verdun, pues dándose cuenta de que en Occidente se proyectaba una ofensiva contra sus líneas quisieron matarla en flor, para tranquilos, poderse volver a Rusia cuando la ocasión llegase.

Y la ocasión tenía que venir de manos de los meses de mayo o junio. Llegó el primero, y los alemanes continuaron tenaces en sus ataques al campo atrincherado de Verdun; en las líneas de Rusia, unos y otros permanecían realmente inactivos, y lo sorprendente fué que los austro-húngaros comenzasen su ofensiva contra los italianos, y como bien se ha visto ahora que para contener la avalancha rusa ha sido menester llevar a Oriente fuerzas de Italia y de Francia y que por tanto los Imperios centrales no disponen de elementos suficientes para tomar la ofensiva en todas partes, mal se concibe que dieran delado el problema ruso y los unos, tenaces, continuaran su ofensiva contra Verdun, y los otros a mediados de mayo comenzaran su brioso ata-

que contra los italianos. Aún puede explicarse lo de no cesar los alemanes en sus acometidas en la orilla del Mosa, que el cesar en ellas hubiera sido confesión de impotencia (pero empezar una empresa nueva en Italia bien entrada la primavera, cuando los rusos no tardarían en dar señales de vida!... Así, poco más o menos, se expresan muchos, lanzando sobre los austro-húngaros el pecado de imprevisión y de ceguera. Y digo yo: ¿tan malo es el servicio de información de que los Imperios centrales disponen que no les permitió saber a tiempo la formación de esos grandes núcleos que habían de caer después sobre sus líneas? Y sépase que la gestación de esas masas, que la organización de ejércitos, no puede pasar inadvertida tan fácilmente y ojos amigos deben tener los austro-alemanes en Rusia que vieran formarse la nube, y bocas parlanchinas que denunciaran su formación e hicieran saber que tras de la calma que se observaba en el frente ruso, se incubaba la tempestad, a pesar de todo lo cual, los austro-húngaros volvieron la espalda a Rusia y a punto han estado de descender a las llanuras del Veneto... Aquí hay gato encerrado... Ha tiempo que la paralización en el frente ruso me traía a mí intrigado, no atinando por qué en el mes de mayo no se observaba ya en Wolhynia, Galitzia y Bukovina ningún síntoma que acusase que la guerra iba a sacudir en esos sectores su modorra invernal por parte de unos y de otros. Fui invitado una tarde a tomar una taza de té en... permítame lector que reserve dónde. El lugar no hace al caso... Hablaban a mi alrededor en inglés, en francés, en alemán. Ya sabes, lector, dónde tomé el té: en la torre de Babel. Y yo, curioso, sabiendo que las mujeres guardan difícilmente un secreto, del modo más hábil que Dios me dió a entender, preguntaba y preguntaba a una, que por razones que yo me sé y me callo, debe saber bastante más de la guerra que los que a diario andamos con ella a vueltas.

Trabajo inútil... pero lo que la boca calla lo dicen a veces los ojos, y en unos parlanchines lei de corrido que sí; que pudiera ser que entre austro-húngaros, alemanes y rusos existiera un principio de inteligencia, un principio nada más; que unos y otros se dedicaban a labrar las tierras a retaguardia de las trincheras como quien está seguro de recoger el fruto de lo que siembra... ¿No estaba ya claro que los adversarios permanecieran inactivos en Oriente? ¿De puño se la iban a jugar a los aliados!... Y a quien por lo visto se la han jugado de puño ha sido a los austro-alemanes.

¿Queda explicado que los austro-húngaros desguarnecieran su frente en Rusia y marcharan contra Italia?... Podré yo haberme equivocado al leer en aquellos ojos charlatanes, pero la inexplicable pasividad de los beligerantes en Rusia durante el mes de Mayo es un hecho innegable y él viene a corroborar que no; que aquellos ojos no mentaban... ¿Pero es que en la guerra se puede usar de tales añagazas? Señores, en la guerra se mata, y no es peor que matar tratar de burlar al adversario... Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que la ofensiva rusa, el mayor efecto que ha logrado, no ha sido el obtenido en Wolhynia, Galitzia y Bukovina sino en Italia, que ante el tirón de los rusos, los austro-húngaros, teniendo ya casi al alcance de sus cañones Venecia, han tenido que dar un paso atrás olvidando por ahora sus proyectos de asomar por la ciudad de las góndolas. Los italianos, al fin, han confesado que si sus enemigos han retrocedido ha sido en parte, gracias al esfuerzo de los rusos (lo que ya he dicho sus

cuarenta veces), y los moscovitas, agradecidos a la justicia que les hacen, se inclinan y saludan... Maquiavelo, que puede que fuera el inspirador de la idea de que el horizonte en Rusia se mostraba diáfano, se sonríe, como puede sonreírse Maquiavelo: maquiavélicamente.

Armando Guerra

NOTA.—Dos palabras para justificar ante el público mi silencio durante dos semanas. Aunque *Le Temps* lo dude, yo puedo ponerme enfermo cuando menos lo espere. Y me puse malo y tuve que dar paz a la pluma, quisiera o no. Cesaron mis nervios de torturarme y a la tarea volví de hacer dos o tres artículos diarios, pero ¡cuatro! cuatro son muchos artículos; por malos que ellos sean, y en tanto que me reponía, no hubo más remedio sino enmudecer en LA SEMANA si no quería exponerme a enmudecer de por vida. Y he ahí, lector, por qué me he visto privado del honor de hablar de la guerra en estas columnas en los dos últimos números.

COMENTARIO SENTIMENTAL

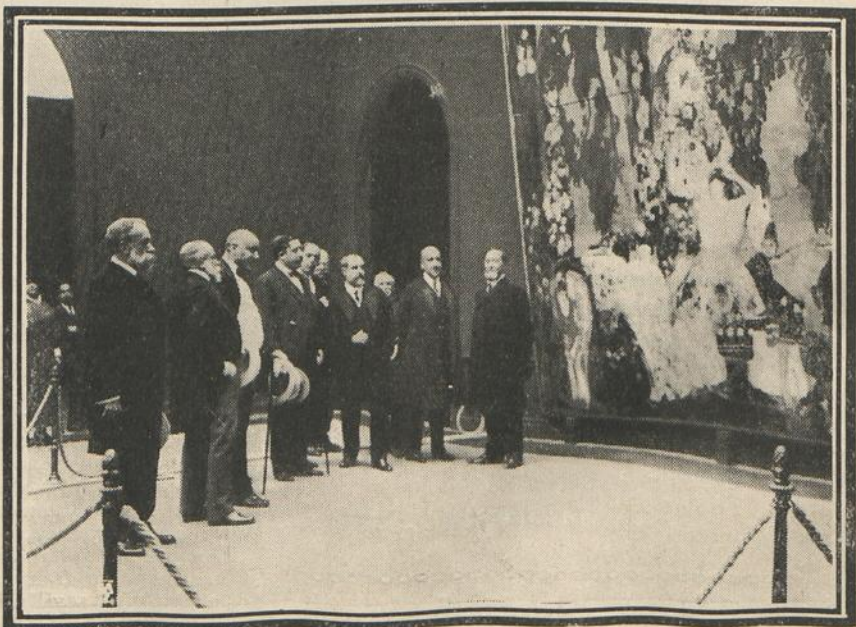
EL TRIUNFO.

El triunfo de Anglada Camarasa en Madrid es el triunfo de una estética entera, es la victoria del buen gusto, de la delicadeza, de la elegancia suntuosa y teatral, sobre la ramplonería, la vulgaridad y la cursilería, que era norma hace unos cuantos años.

Allá por 1904 (acababa yo de dar a la estampa mi primera novela *Cuestión de Ambiente* y tenía diez y nueve años) publicábanse en Madrid dos Revistas, si he de decir verdad, casi en familia. Claro que si para las gentes en general aquellas publicaciones carecían de importancia, para nosotros los que sabíamos que en ellas unos hombres que teníamos por maestros atrevíanse a decir toda la verdad de su sentir y su pensar, tenían casi el valor de un evangelio. Aunque muy joven, y tal vez por eso mismo, el desastre o lo que se ha dado en llamar desastre



Anglada Camarasa.



El director de Bellas Artes, Sr. Anguita, y el presidente del Círculo de Bellas Artes, Sr. Francos Rodríguez, inaugurando la exposición Anglada.

(no fué en realidad más que el desmoronamiento de las bambalinas que formaban un panorama convencional y con ella de los muñecos que las adornaban y que representaban falsos valores) marcó honda huella en sus espíritus. Después del desastre habían quedado flotando, como flotan siempre los corchos y las calabazas, una serie de fantasmones—poetas hueros y relamidos, novelistas cursis y artificiosos, pintores de cromos y escultores de figurillas de mazapán—que contribuían a mantener el fuego sagrado de mal gusto. Contra ellos, en defensa de un ideal más alto de vida y de arte, arremetían o simplemente les oponían su trabajo con la serenidad del David, que con su honda en la mano no teme a los canes que salen a ladrarle a los caminos, las dos revistas y sus hombres. Entre aquellos hombres había pensadores, filósofos, poetas, novelistas, críticos; eran rebeldes todos, pero con distintas y aun opuestas rebeldías que iba desde el revolucionarismo de acción al misticismo casi ascético.

Eran las Revistas *Alma Española* y *Helios*; los hombres Unamuno, Azorín, Valle Inclán, Maeztu, Pío Baroja, Pérez de Ayala, Candamo, más algún otro, y con ellos colaboraba alguna vez en *Alma Española* la alta mentalidad de Joaquín Costa.

No sé la opinión que de mi arte tendrán algunos de estos hombres; pero sé la que tengo yo de ellos. Menguada altura espiritual sería la nuestra si para saber el juicio que los otros nos merecen necesitásemos saber la que de ellos merecemos. Yo no sé lo que Flaubert hubiese pensado de *El Monstruo* o de *La Vejez de Heliogábalo*; pero sé que admiro con toda mi alma *La Tentación de San Antonio* y *La Señora Bovary*.

* *

Aunque alguno de los colaboradores eran comunes a las dos Revistas, ellas encarnaban dos credos estéticos, distintos aunque no antagónicos; *Alma Española* era más cruel y más amarga, desgarraba las heridas para estudiarlas bien, para cerciorarse dónde estaba la infección, y después, implacable, con una sonrisa escéptica, aplicaba el atroz cauterio de su sátira, o ante neuróticos espasmos y aspavientos ridículos, flagelaba implacable; *Helios* buscaba la belleza solamente; hacía de la belleza un culto y trataba de dar forma a todas esas quimeras de poeta que cuando se sueñan no hay casi nunca medios para realizar, y que cuando se poseen ya éstos, se ha dejado de soñar. *Alma Española* era, pues, más una Revista de decadencia hecha por hombres fuertes que saben que una decadencia no es un episodio en la vida de un pueblo y tratan de atajarla; *Helios*, una revista de ensueño y de quimera. Las evocaciones y asuntos de la primera, Carlos II «el Hechizado» (aun conservo un número que reproduce el admirable retrato por Pantoja de el último de los Austrias), filosóficas crueldades de Nietzsche, paralelos sangrientos entre Nozalea y Rizal; las del segundo son Puck y Rosalinda, Primavera, Titania, Helena, Colombine, Pierrot...

De modo que si en las fuertes prosas de los unos están en germen todos los problemas espirituales que han agitado Europa estos últimos años, en las rimas de orfebrería de los otros están los precedentes de todo ese arte teatral, fastuoso, elegante e infinitamente armonioso de que han sido una encarnación los bailes rusos. Con los unos, la filosofía perdía en aridez y hacía más humana; con los otros, las artes eran más sabias y más plásticas, la pintura dejaba de ser un cromó sentimental, la poesía de ser una sensiblería ridícula. Unos fueron la decadencia, de que ha de nacer una nueva vida; otros, un renacimiento de belleza.

* *

En dos pintores portentosos se ha cristalizado esta manera de ver España o por mejor decir, dos pintores la encarnan hoy día; Zuluaga y Anglada Camarasa. El primero ve, bajo los cielos nublados de negro, la España trágica, una España que hace temblar, pero que es atractiva como un abismo; el otro es soberanamente plástico y sus cuadros son como una fiesta portentosa de luz y de colores. Claro que no escapa del sino fatal de España y que en «El Tango de la Corona», pongo por ejemplo, vibra la pesadilla de sensualidad caliginosa y trágica, y que en los rostros de sus mujeres hay la tristeza apasionada y doliente de las mujeres que han amado mucho. ¡Ah, la divina palidez de Dolores, la Mur-

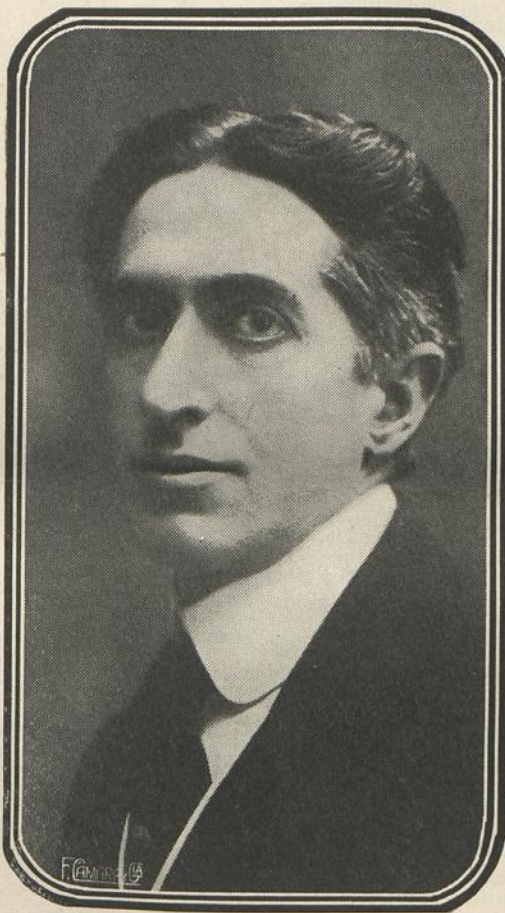
ciana, en contraste con el negro pañuelo historiado de chinos!

Pero en otros cuadros Anglada Camarasa rompe el negro sortilegio y es maravilloso de luz, de color, de teatralidad pomposa y rica. Su paleta hace nacer flores de maravilla, teje telas admirables, crea juegos de luz nunca superados, y a su toque Valencia es como el encantado jardín de Armida.

Antonio de Hoyos y Vinent

MI CONVERSION Y MI CONFESION

Yo os quiero confesar, D. Francisco, el primero en grandes y variadas cosas de la vida, Hidalgo entre los que más lo sean, por la mucha ley que os tengo y por la buena amistad que os debo, que eso de la abjuración de mi demagogía, no es más ni menos que una serpiente de



D. Eduardo Barriobero.

mar, hermana o descendiente de aquellas otras que en la época estival asomaron tantas veces los dientes o la cola en los periódicos de los buenos tiempos del maestro Ferreras.

Palabra de honor, mi amo D. Francisco, que no se trata ni aun de un globo de ensayo, porque ahora me encuentro muy bien en mi terreno y muy contento de mi suerte y siempre consideré como tonto de solemnidad a quien bien tiene y mal escoge.

Contento estoy además y agradecido de cuanto de mí se ha dicho con este motivo, pues a favor de los comentarios sé quienes son los amigos desinteresados y leales que trocarían la amistad por colaboración, quienes los que en el campo monárquico fortifican la plaza que suponen que voy a tomar y quienes los que en el campo republicano se disponen a la conquista de la plaza que suponen que yo voy a dejar.

Pero, cepos quedos, cofrades y amiguitos, que he de morirme republicano... y masón, aun cuando mi buena estrella me dé, a partir de ahora cien años de vida y cien millones de pesetas, y un presentimiento me acompaña perti-

nazmente para decirme que he de alcanzar lo uno y lo otro.

* *

Fui el domingo último al Centro de la Juventud Liberal, como fui en 1911 a Palacio. Ante el Rey me puso mi amor a la profesión que ejerzo, el mayor de mis amores; encontré al Rey amable, simpático, atrayente como persona; su cultura no tuvo ocasión para juzgarla y de aquella visita saqué la gratísima impresión del triunfo. El Rey me dió lo que había pedido. Pero ni un momento pensé en ali-tarme en sus huestes, porque el Rey no es el Gobierno, ni la Monarquía ni la solución de los problemas de razón o de conciencia, con arreglo al criterio que a mí me hace ser republicano.

A la Juventud liberal me llevó otro afecto. Yo no sé si esto es bueno o es malo, pero antes que hombre de ideas, antes que político, antes que todo, soy hombre afectivo. Se ha dicho que la civilización mitiga los afectos; será que estoy poco civilizado. Con Florencio Bello, el conferenciante de aquella noche, me unen más de treinta años de amistad bien cultivada; juntos pasamos por la Escuela de párvulos, por el Instituto, por la Universidad; juntos hicimos periódicos, fundamos organizaciones y realizamos propagandas; juntos vivimos las mayores alegrías y las más horribles amarguras. Nos hemos acompañado en nuestros momentos decisivos. Hace unos cuantos meses fui a San Sebastián para ser testigo de su boda, y entré en la iglesia y respeté sin simulaciones vergonzosas la credulidad de todos. Si por él oí una misa y recibí una bendición, cómo iba a quedarme a esperar en el umbral de una casa regida hoy por otro querido amigo y compañero, Mariano Alonso Bayon y en la que delante de nosotros entra-ba mi admirado maestro Royo Villanova?

Si el prototipo del buen republicano es el que pedía en *El bateo* que le sacaran el libro a la calle, yo pequé, y seguiré pecando, porque si el Gran Oriente me confiara una misión diplomática cerca de S. S. el Papa, la cumpliría con el mayor aplomo.

* *

Hablé porque así me lo pidieron y con ello me dispensaron un honor más propio de la cortesía de aquellos hombres monárquicos que de mis méritos. Y dije lo que digo casi todos los días: que soy republicano, que lo seré siempre, que lo he sido siempre sin un momento de vacilación; que en la vida activa del republicanismo no quedan ya más que los profesionales del comité y unos cuantos románticos; que éstos son soezmente maltratados por aquéllos; que de esta situación se aprovechan unos cuantos sinvergüenzas para sacar del Gobierno prebendas, y de las entidades financieras plazas de consejeros, y acusan de inmorales a todos para evitar el que la atención pública se fije en la inmoralidad de ellos...

* *

Y ahora, ya que hablo desde buena tribuna, quiero añadir otra cosa en la que pienso constantemente, pero no sé si en alguna parte la he dicho:

El momento presente es de tal peligro para nuestro país, que a los hombres de buena conciencia no puede dejarnos espacio a discutir sobre las formas de Gobierno, de cuya *esencialidad* nunca dudé. Los políticos profesionales de España han probado ya suficientemente su incapacidad para conjurar este peligro, que es sin duda el peligro de dejar de existir. Si para conjurarlo se reúnen la docena de hombres que como el glorioso autor de *Castilla en escom-bros* han probado suficiencia a pesar del régimen, con monarquía, con dictadura, con arcontado, con imperio, con república o con anarquía, yo he de prestarles mi colaboración modesta, modestísima, pero llena de fe, llena de entusiasmo, llena de afectos.

E. Barriobero y Herrán.

LA GUERRA ECONOMICA

Los Imperios centrales y los aliados preparan en medio de los horrores de la guerra una lucha en terreno económico tan áspera como la armada, y tal vez de más tristes consecuencias, porque afectará en mayor escala a la vida y a la prosperidad de las naciones neutrales.

Germanos y latinos se proponen continuar los efectos de la guerra una vez hecha la paz, aplicando su actividad y sus recursos a la idea de una completa dominación de los mercados mundiales, con mutuo daño, anulando los tratados comerciales, exigiendo otros, reservándose sus recursos y las primeras materias y demás medidas inspiradas en sentimientos egoístas y utilitarios que afectarán, indudablemente, a los países neutrales.

De estos acuerdos son conocidos los de París entre los aliados, pero no se ha hecho público el alcance de los adaptados por los Imperios centrales, si bien hay que suponer sean análogos.

Grandioso y soberbio es el actual empeño de Inglaterra de aislar por mar a los Imperios del centro. Se asedia por hambre a una ciudad con éxito casi siempre seguro, pero no es empresa fácil sitiar a ciento cincuenta millones de habitantes de vastas comarcas extendidas desde los mares boreales hasta el trópico.

Y si esto es difícil en la guerra, en la paz resulta imposible. Es el sueño, no sólo de Inglaterra, sino de todos los beligerantes, y «los sueños sueños son». Será inútil cuanto hagan los unos y los otros en el orden económico para la defensa de lo suyo y el daño de los demás, si no condicionan sus procedimientos comerciales e industriales, acomodándolos al interés del mundo consumidor, de sus clientes de todas las zonas que no participen de los odios, las pasiones, los resentimientos que enardecen a los pueblos combatientes.

Recuerde Inglaterra, que es tan práctica y sensata, lo que ocurrió cuando el famoso *Made in German*, que en vez de servir de freno sirvió de estímulo a los ingleses para la adquisición de productos alemanes buenos, bonitos y baratos.

No es lisonjera la perspectiva de esa continuación de la guerra bajo la forma de una lucha económica por la existencia. Es esto no tan sólo la prolongación de la guerra, sino el propósito de perpetuarla.

Y es tanto más insensata esa tendencia, cuanto que gran parte de la lucha armada que presenciarnos condolidos, se debe precisamente a la competencia mercantil e industrial entre Alemania y Inglaterra.

Podrá la gloriosa República francesa batallar por un ideal romántico, por la reintegración de la Alsacia y la Lorena, Italia por la conquista de territorios que considera parte del solar italiano, Rusia por la existencia de los pueblos eslavos bálticos. No se ve en qué podrá consistir la causa del choque entre germanos y sajones, si no es en la rivalidad de sus intereses mercantiles e industriales.

De parte de Alemania existe además la defensa de su territorio, la necesidad de expansionar a su raza hacia el Oriente, hacia los Balkanes, el Mediterráneo y el Asia, tal vez hasta las fuentes de donde procede, hasta los países arios.

De parte de Inglaterra milita el afán de conservar sus vastas lejanas colonias, el Africa del Sur, la Australia, la India, sin las cuales volverían a ser las Islas Británicas pobre refugio de pescadores albergados en chozas ahumadas como en la Edad Media.

Pero uno y otro país, Alemania e Inglaterra, en el fondo de esas aspiraciones idealistas, se sienten espoleadas por la ley biológica, que si tiene en Inglaterra un Darwin, en Alemania cuenta con un Haeckel, y que a la postre se manifiesta ruda y lógicamente ahora como siempre en forma de asaltos de famélicos a una tahona.

Y es temerario empeño el de pensar que una vez hecha la paz en los campos de batalla cabe mantenerla mucho tiempo si la lucha económica entre alemanes e ingleses continúa con mayor violencia que antes, es decir, si subsiste agravada la causa que originó la ruptura de relaciones.

Sólo un régimen de amplia libertad comercial pudiera poner término definitivo a la contienda, y si no se plantea por los beligerantes, si a la guerra de los cañones sigue la guerra de las tarifas, que es lo que en el fondo se pretende, jamás Europa logrará restaurar sus ruinas ni dis-

frutar de los beneficios de una paz que será imposible y eventual. Después de algunos años de reposo impuestos por el cansancio tornará a encenderse la discordia, que acabará por convertir en desiertos las ricas comarcas europeas y en escombros de Babilonias sus maravillosas ciudades, emigrando a otros continentes los restos de la civilización que tanto nos enorgullecía.

Viva España prevenida durante la guerra, encerrándose en la más absoluta neutralidad, en la hora de la paz clausurándose en una independencia y aislamiento económico que le permita hacer de los productos de su suelo el uso y la granjería que mejor convenga a los intereses nacionales.

Cuando se habló de que en París y en Berlín se reunían representaciones de los beligerantes para inaugurar la política económica de guerra contra los enemigos, hubo españoles que se alarmaron temiendo que de esos conciertos resultase perjudicada España.

Dado el régimen imperante de no hacer nada, de cruzarse estoica o sandiamente de brazos ante los acontecimientos, no hay duda de que resultarán grandes males para España en tamaña lucha de intereses hostiles.

Pero si los Gobiernos son previsores, si comprenden el peligro y lo evitan, si ponen todo su empeño en dotar al país de elementos de defensa y de resistencia, de la lucha económica extranjera resultarán para nosotros más beneficios que quebrantos.

Es elemental que nuestra defensa está en la producción del suelo en colaboración con el sol y las nubes. Mientras España produzca vinos, frutas, aceites, minerales, esparto, corchos, los beligerantes consumidores solicitarán preferentemente nuestros productos siempre que superen en bondad a los de otros países que se encuentran en parecidas condiciones y que habrán de mejorarlos preparándose prudentemente para la contienda.

Otro tanto debieran poner en práctica los españoles fomentando su producción, perfeccionándola con los procedimientos modernos, y en esta tarea es en la que el Gobierno tiene papel importantísimo y responsabilidad grande, si, lo que es de temer, nada hace de provecho.

Y mucho puede hacer si ofrece garantías al capital y al trabajo de que sus esfuerzos no han de ser perdidos si dedica buena parte de los millones arrojados a la cima de servicios improductivos a facilitar el avance de la producción nacional.

El mayor riesgo y el más difícil de sortear de la contienda europea, consiste en la revolución de los beligerantes de reservarse para ellos las primeras materias de las industrias. El carbón, el algodón, la maquinaria. Pero los neutrales que en los artículos acusan un déficit en su producción, podrán siempre contar con los propios beligerantes sustituyendo al régimen de los tratados comerciales una libertad de comercio oportunista que permita un *modus vivendi* transitorio, aventurero y aplicable a las relaciones con los países en lucha.

Aparte de esto, es también función de gobierno el favorecer con primas y garantías de capital reintegrables el laboreo de las minas de carbón, las falsificaciones, el cultivo de productos exóticos a que nuestro suelo se muestra propicio, y sobre todo una intensa, económica y rápida comunicación directa naviera con América, mercado inagotable de primeras materias para nuestra industria.

¿Y a qué prodigar ni repetir estas modestias y primitivas enseñanzas que están ya sabidas por todo el mundo y reclamadas en cien ocasiones por cuantos españoles se preocupan en cosas patrióticas? No pueden alegar ignorancia los Gobiernos, pero sí escudarse en su impotencia por haber dedicado las fuerzas vivas del país a empresas ruinosas, como la construcción de escuelas, las guerras agotadas y estériles, los dispendios de presupuestos disparatados, los empréstitos y la trampa adelante que caracteriza a nuestra Hacienda.

Rafael Ginard de la Rosa



Biblioteca Nacional de España

¿Cómo y cuándo ganó usted su primera peseta?

Querido Gómez Hidalgo: Me coloca usted en el trance de cambiar la idem al pedirme investigaciones sobre cómo gané la primera peseta. ¡Tan mareado en el piélagro de mis recuerdos me pone su pregunta!

El archiduque Salvador conserva con gran estima una monedita de dos reales que ganó en cierta ocasión por el trabajo de ayudar al levantamiento de un carro. He visto la moneda en uno de los suntuosos pabellones que son gala del paraíso de Miramar, en Mallorca.

Del rey del petróleo se cuenta parecida cosa, y usted, tan ilustrado, seguramente conocerá la historia de la primera peseta ganada por el protagonista de una novela sueca que llegó luego a millonario tras de aventuras mil, estancias en la cárcel, noches descansadas sobre bancos y bajo puentes de Nueva York, idilios trágicos y cómicas aventuras.

¿Cómo gané yo, que ni soy achiduque ni rey, la primera peseta? Pues voy a decírselo a usted, ya que se empeña en ello, y aun cuando quizá no lo crea...

De mi aventura pueden hablar los chicuelos que asistían a un teatrillo Guignol hará cosa de treinta y uno o treinta y dos años, y que lucían sus bambalinas y sus carcomidas maderas junto a la Casa de la Moneda.

Ello fué que me sentí sugestionado por el divertido espectáculo que me ofrecían los muñecos, administrándose más palizas de las que sueña Maura para los republicanos.

¿Fué aquel Guignol la incubadora de mis futuros destinos? ¿Nacieron mis rebeldías al contemplar cómo descargaban sobre las espaldas de un gendarme, mofletudo y bigotudo, magníficos estacazos?

Me sentí autor dramático y puse mis ambiciones en conocimiento de mi pobre hermano Manuel (q. e. p. d.). ¿Por qué nosotros no habíamos de armar también nuestras pecadoras manos con el garrote, que era símbolo del teatro? ¿Acaso no pasan por eminentes actores y autores, representantes de sastrerías y de tapicerías escénicas que confían al mueblista y al alfayate lo que a ellos les falta de arte y de cacumen? ¿Por qué, pues, no habíamos de confiar a una linda estaca lo que nos faltaba a nosotros de gracia y de *savoir faire*?

Y dicho y hecho.

El empresario de aquel Guignol compartía sus horas en el tira y afloja de los muñecos y la distribución de las dos o tres docenas de palizas que indefectiblemente habían de administrarse cada media hora en aquel escenario. Algunos ratos aparecíase entre la riente chiquillería. ¡Le considerábamos como a un ser del otro mundo!

¡Era él quien movía aquella máquina tan admirable!

Todo es ilusión en la vida, y, seguramente, ningún drama representado por eminentes actores me ha producido, años después, emoción tan sincera como aquella farsa...

Cierto día nos atrevimos, por fin, a exponerle nuestros atrevidos pensamientos. ¿Qué haría el misterioso y subterráneo autor de tanta y tanta maravilla con que nos deleitaba si le ofrecíamos una pieccecita?

El buen hombre acogió sonriente y compasivo nuestros deseos.

—Pero, niños; ¿sabéis escribir, mocosos?... Colorados, temblando de emoción, le aseguramos que sí.

—¡Bueno! Pero ya lo sabéis. Se paga; un duro!

Y tiene que haber muchas palizas, muchas...

¡Ni Dante, cuando termina su *Divina Comedia*, se sentiría tan orgulloso como nosotros al principiar la *Infantil Comedia*!

¡Dichosa edad aquella en la que garrapateábamos los primeros articulillos, adivinábamos entre nubes un mundo de ensueños!...

Nos pusimos a la tarea, y fué nuestra víctima propiciatoria medio cuaderno de temas de francés manchado de borrones y tachaduras... Nuestra obsesión, como es natural, eran las palizas. ¡Forzosamente habíamos de intercalar catorce o diez y seis de ellas! Principiamos, pues, por distribuir las equitativamente, sembrándolas en distintas partes del papel, espolvoreándolas, por decirlo así... Y luego... escribimos la comedia...

Si el procedimiento era infantil, no por eso ha dejado de imitarse después por *currinches* del género chico y aun sesudos autores de admirables dramas. Así como aquéllos y éstos preparan primero los efectos, los finales de actos, los trompazos alevosos para engañar al respetable y luego... escriben la obra: nosotros jabonábamos de palizas la *kolosal* producción que se preparaba. Bien calculadas eran veinte, ¡a real cada una!

El procedimiento no podía ser más sencillo: un traperero cruzaba la calle, tropieza con un guardia, el guardia le suelta un garrotazo (esto sí que se ve todos los días), la mujer del traperero arremete con el guardia, una criada que cruza camino del mercado acompañada de su novio, soldado, embiste a su vez con guardia, traperero, vecina, mujer y el universo mundo... Y así, en menos que se reza un credo, se colocan veinte palizas y se cobra un duro. Terminada la obra que se la puso por rótulo *El traperero de Tetuán*, en recuerdo quizá de *El traperero de Madrid*. Se hizo la entrega con toda solemnidad. El venerable empresario de aquel infantil cotarro (viviénte reproducción de la famosa estatua del Nilo que en el Museo del Vaticano se conserva y que representa al abuelo río asaltado por inmensos mocetillos desnudos que le zarandean y se suben a sus barbas y simbolizan sus riachuelos que procreara), frunció el ceño, y antes de poner en sus labios palabra, dió vuelta al cuadernillo, y dijo por fin, con satisfacción mal reprimida:

—¡Está bien! Una, dos, tres, cuatro... ¡Muy bien! Son las necesarias. Os habéis portado... muñecos.

Nosotros, entre muertos y vivos, aguardábamos o el duro... o la dura paliza correspondiente. Por entonces los autores no acostumbraban a censurar a las Compañías y empresarios que no admitían sus obras.

La obra fué admitida por fin y fuimos los héroes del día.

Cobramos el duro ¡el famoso duro! ¡Nunca

LA «REFLEXIÓN» INGLESA



El militar viajero.—Diga, cochero... ¿Podría usted arrear un poco para ver si cogemos el tren de las diez?

El cochero.—Poder, sí podría... Pero yo, la verdad, no tengo que ir a ningún sitio en el tren.

(De *London Opinion*.)

LOS DIPUTADOS POR PRIMERA VEZ



pañol me lo diréis...

Rieron los mayores, hincamos el pico avergonzados los menores...

Desde entonces acá, cuando voy a las Cortes me parecen menos serias que aquel Guignol de mis recuerdos, donde, por lo menos, ¡había palizas!

Suyo afectísimo amigo,

Rodrigo Soriano

LECTURAS COMENTADAS

Dice *El Liberal*:

«A la hora de abrirse la sesión del Congreso, sólo hay en el salón diez diputados, incluida la Mesa.»

Hace bien el colega en incluir la mesa, porque todos son de la misma madera.

* *

De un periódico reformista de Asturias:

«Según noticias de Madrid, ha fallecido en la corte el cochero de D. Melquiades Alvarez.»

Lo lamentamos sinceramente.

Primero, por la desgracia, y después, porque el finado (q. e. p. d.) era el único español que sabía adónde iba el Sr. Alvarez (D. Melquiades).

* *

Un periodista de Vitoria ha interrogado al señor Dato sobre los proyectos del Sr. Alba.

Y termina el artículo en que reproduce lo que le ha dicho:

«Al despedirme del jefe de los conservadores españoles, contemplando su cabeza de artista y su cara noble e ingenua, yo pienso que este hombre es la sinceridad, la verdad, la pureza...»

Viendo de Eduardo Dato el poco pelo y virginal mejilla, parece que en su vida ha roto un plato ¡¡¡y se le está acabando la vajilla!!!

BRASSIERE

Palace-Hotel

Music-Hall-Varietés-Cinema
Guill-Room-Almuerzo, 4 pesetas.
Platos del día, 1,25

GRAN TERRAZA
CONCIERTOS CLASICOS

SAN SEBASTIÁN
GRAN HOTEL EZCURRA

(COMPLETAMENTE REFORMADO)

Situado en el paseo de la Zurriola, con deliciosas vistas del Monte Ulía.

HOTEL DE PRIMER ORDEN

Cocina esmeradísima. - Precios moderados.

Propietarias: HIJAS DE EZCURRA

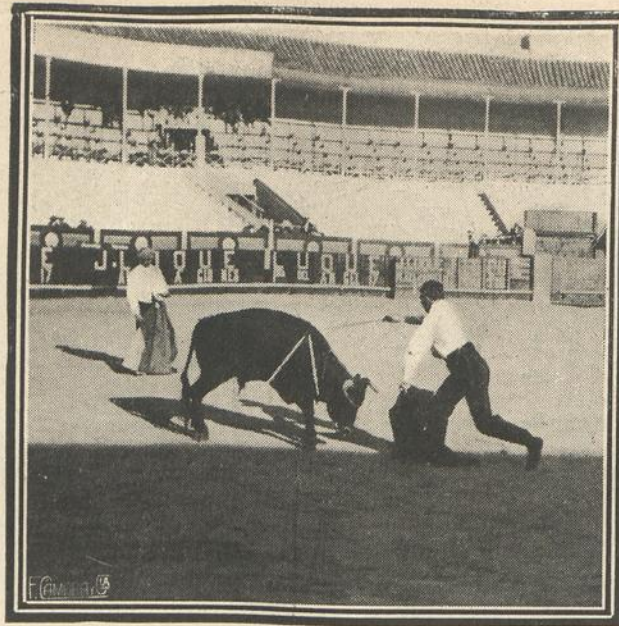
D. Miguel Moya y Gastón, reformista,
por Molina de Aragón.

UN MORO, MILITAR ESPAÑOL



El moro Mezzian, en Madrid, con su hijo Mohamed, que acaba de salir de la Academia de Infantería oficial del Ejército español.

FIESTA TAURINA ARISTOCRÁTICA BENÉFICA

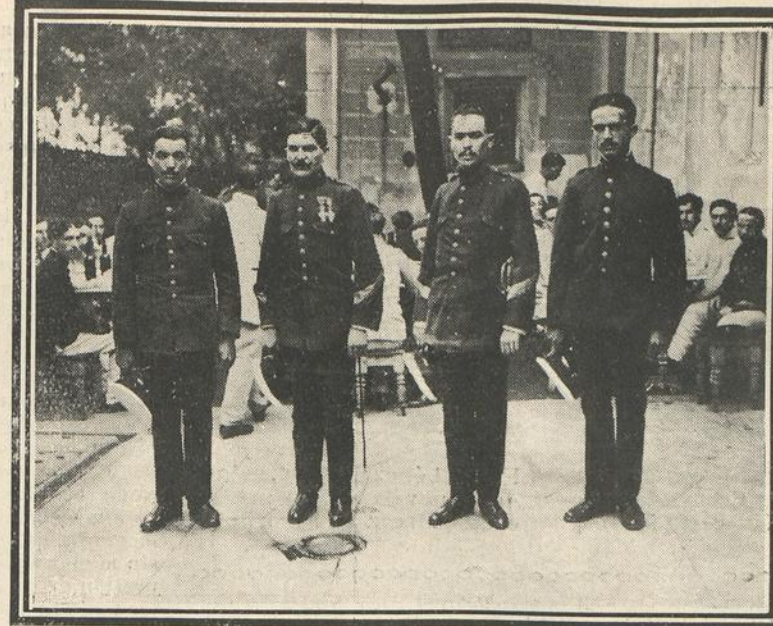


D. Carlos Pickman, que mató, siendo muy celebrado por la concurrencia, uno de los novillos lidiados en Vista Alegre a beneficio del Hospital Militar.



Las bellas y aristocráticas señoritas Magros Baillo, Juanita Maraño e Isabel y Carmen Cabaldá, que presidieron la fiesta, siendo tan elogiadas por su conocimiento y discreción taurina como por su belleza.

LOS PREMIOS DEL TIRO NACIONAL



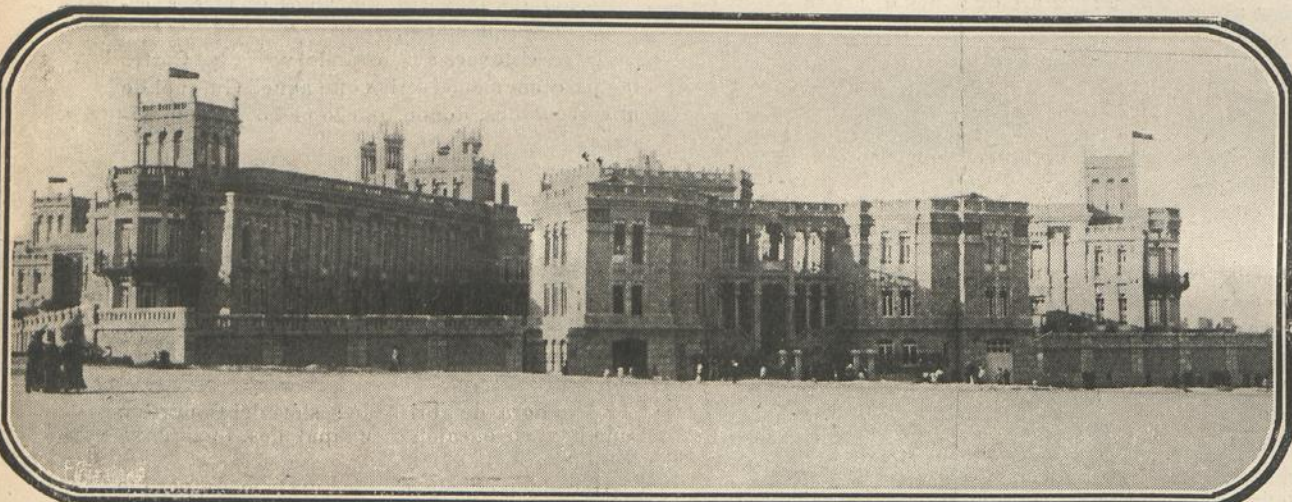
Los Sres. Carrero, Fuster, Soler y Garrido, sargentos y soldados de Infantería de Marina, que han ganado la Copa del Rey, en el Concurso de Tiro Nacional, celebrado en Madrid.

UN PRÍNCIPE SERVIO



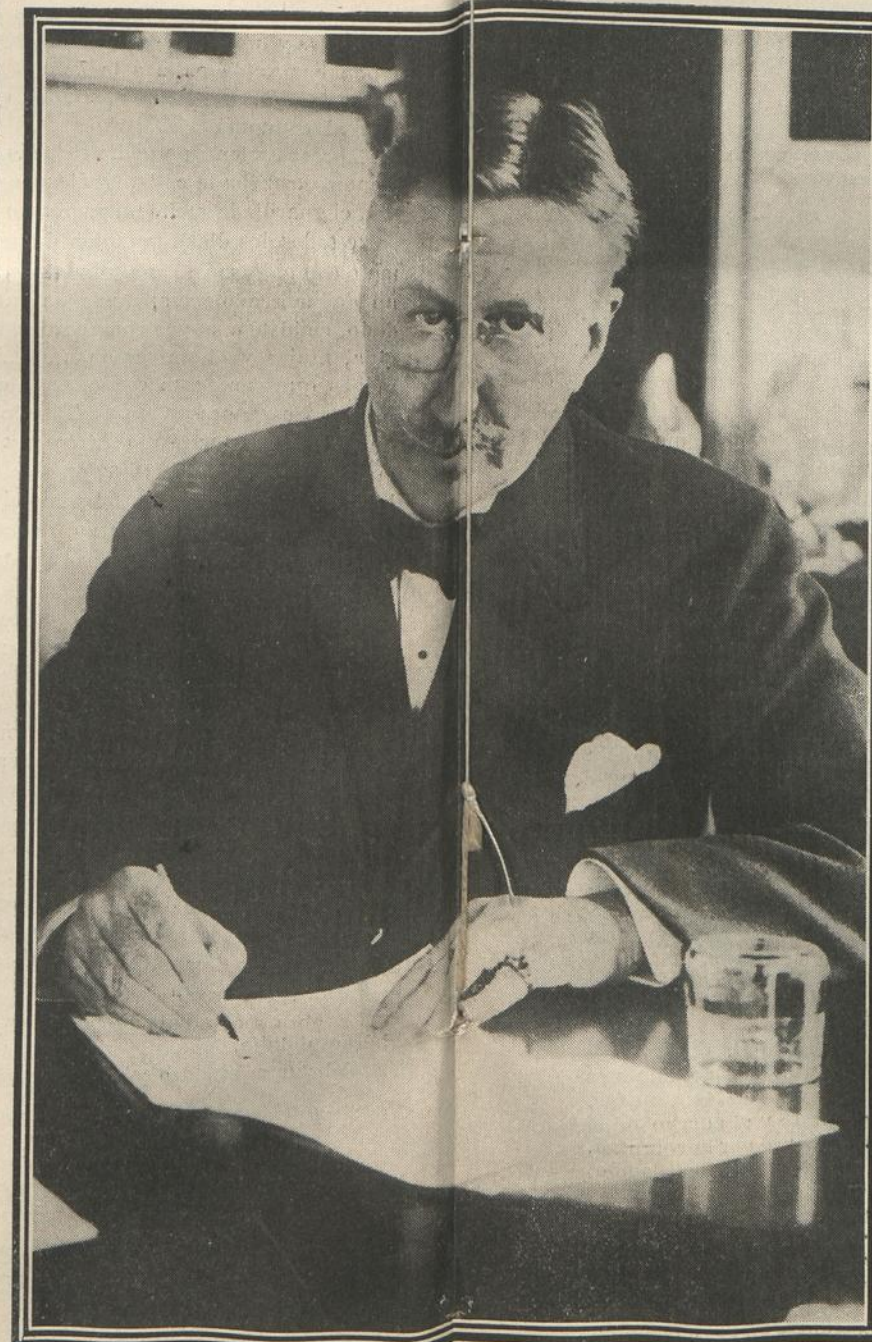
El príncipe Jorge Karageorgewich, hijo del rey de Servia, al salir de Palacio, en la visita que hizo al rey recientemente.

NUEVO HOSPITAL PARA OBREROS EN MADRID



Vista exterior del Hospital, inaugurado recientemente con asistencia de SS. MM., y edificado en los Cuatro Caminos, a expensas de doña Dolores Romero, viuda de Curiel.

UN GRAN POLÍTICO MEJICANO



En estos momentos en que la actitud de los Estados Unidos contra Méjico agrava la situación, ya insostenible, de este país, resurge el político digno, desde hace tiempo apartado de toda acción por los estadistas de piratería: el general Félix Díaz, de talento y de integridad, rara en aquella tierra.

EL REY Y LA FAMILIA ROMANONES



S. M. el Rey en la finca Mira el Campo, del presidente del Consejo, con éste, su señora, sus hijos y sus nietos, y los generales Luque y Aznar, después del almuerzo celebrado allí el pasado martes. (Foto Goñi.)

CAMPEÓN DE TIRO



D. Lázaro Aramberri, que en el Tiro de Pichón celebrado en Eibar, ha ganado el primer premio de S. M. el Rey.

(Foto Ruost.)

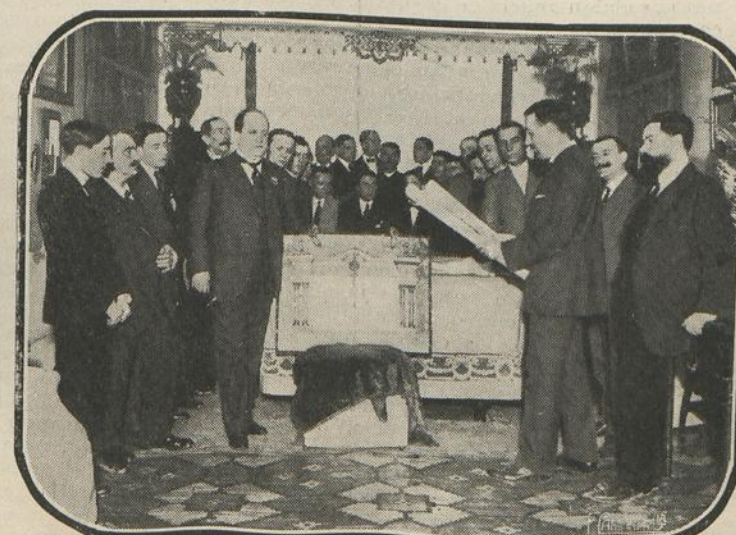
TORERO CONVALECIENTE



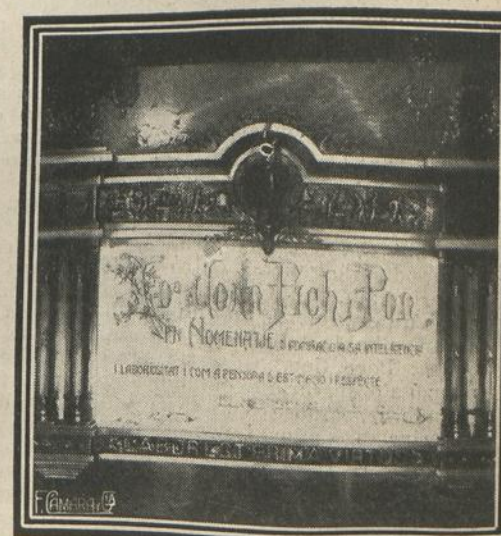
El torero Pacomio, convalciente de su grave cogida, conversando con su esposa, Araceli Sánchez Imáz.

(Foto Ortiz.)

HOMENAJE A UN INDUSTRIAL CATALÁN



Los empleados de los talleres del ex alcalde de Barcelona, D. Juan Pich, entregando a éste una placa de plata, como testimonio de simpatía.



La placa de plata con que sus empleados y obreros han testimoniado sus simpatías al Sr. Pich. (Fotos Rozas.)

TRES NUEVAS NOVELAS



Alberto Insúa, cuyo último libro «De un mundo a otro», se ha dado ayer al público.



Antonio de Hoyos, que en «La Novela Corta» publica hoy «El crimen del fauno».



Rafael López de Haro, autor de la novela recién publicada «Muera el señorito».

CUENTO DE «LA SEMANA»

CURA DE AMORES

Pedro Proaza no conoció a su padre. Su madre, que afirmaba ser viuda, vivió alegre y desordenadamente hasta los cuarenta y tantos años: en adelante tuvo que trabajar. Fué a temporadas costurera; estuvo empleada para tomar medidas y encargos en un almacén de ropa blanca, pasó un año de ama de llaves con un caballero solo, pero en ninguna parte logró ser simpática ni echar raíces, porque todo lo hacía de mala gana. Su indole vagabunda y errátil era superior y contraria a la sujeción que el trabajo implica; de joven, porque fué bonita, y aún de jamona, por lo lagarta supo sustraerse a ella; pero precisamente al comenzar la vejez, cuando había de serle más doloroso, tuvo que ganarse el pan; no quiso sufrir tamaña desdicha y protestó muriéndose, porque indudablemente murió de la pena rabiosa, de la amargura honda y reconcentrada que le produjo la sumisión forzosa a la voluntad ajena. Malas lenguas dijeron en su barrio que esto de plegarse a lo que querían otros, no debió de ser lo que más la torturase, pues siembre había vivido de ello, sino el verse privada de los placeres y regalos que tal complacencia trae consigo; en suma, fué muy alegre de cascos, y cuando no pudo serlo, hizo dimisión de la vida.

Por fortuna para él, de su hijo se había hecho cargo diez o doce años atrás, una hermana de la difunta, que era el reverso de la medalla: mujer honrada y seria, a ratos planchadora de lo fino, a ratos lectora, y siempre la persona de más confianza que tenía a su servicio la vieja duquesa, viuda de San Clemente de las Moras. Esta dama, por afecto a su criada, protegió al muchacho; primero, pagándole el colegio, y luego, haciendo que su hijo el duque le emplease en las oficinas de la administración de sus bienes. Era este caballero un grande, chapado a la antigua en lo tocante al orgullo y altivez de razas, pero de claro entendimiento, en extremo bondadoso y tan rico que, sin salir de tierras suyas, podía recorrer once provincias de España. En la planta baja de su vetusto paláción, cubriendo una enorme puerta de cuarterones, pintada al temple de azul claro, había una mampara con una tabla clavada, en la cual se leía este letrado: «Administración de la casa y estados del excelentísimo señor duque de San Clemente de las Moras, conde de Calderuela de Nieva.» En estas oficinas, donde ya trabajaban cinco empleados, a las órdenes de un apoderado general, entró Perico Proaza. En un principio, nadie le hizo caso; se le consideró como un escribiente más que no hacía falta y a quien se había tomado por complacer a la duquesa. Poco tiempo después, el apoderado comenzó a observar que el muchacho era puntual, callado, respetuoso sin bajeza y de formalidad superior a sus años. Le confirió varios encargos y trabajos, y todo lo hizo bien; le reveló secretos, y supo guardarlos; al cabo de un año no había en la familia quien no le quisiera, por su natural despejo, y más aún, por sus condiciones de carácter.

Los duques libraron [a Perico de quintas, le autorizaron para estudiar y le fueron aumentando el sueldo y la autoridad en la casa, de suerte que al cumplir los veinticuatro estaba en situación de gobernarla.

—Es una alhaja; si no se malea—solía decir el apoderado a los señores—cuando yo me muera no necesitarán ustedes buscar quien me sustituya.

A lo cual respondía el duque:

—Es verdad, reúne prendas excepcionales; sólo una cosa me disgusta en él.

—¿Cuál, señor duque?

—Pues que para su edad es poco comunicativo, triston, melancólico, y la tristeza en la juventud es de mal agüero.

La duquesa, vieja, dotada de tan buen corazón, pero mucho más lista y observadora que su hijo, decía:

—Lo que le sucede a ese muchacho es que pesa sobre él sus padres: sabe que no hay quien sepa quién fué su padre y que más le valiera no saber quién fué su madre. Pero es amante, dulce, cariñoso: a su tia, que le amparó de niño, hay que ver con qué mimo la trata, y a nosotros, que le hemos hecho hombre, nos adora. Esa melancolía que le hace taciturno y *sombrón*, se la quitará el tiempo... y alguna mujer.

La duquesa estaba en lo cierto. Si Perico creciera en el arroyo o le pusieran a oficio, la lucha con el hambre no le habría dejado pensar; el amparo de aquella familia, dando satisfacción a sus necesidades, dejó libre su imaginación, y conforme se fué educando y puliendo, sintió con mayor viveza la fealdad de su origen y la carencia del arrullo materno; aquella melancolía que inspiraba desconfianza, era vergüenza de culpas ajenas, nostalgia del decoro que otros perdieron. El retrato físico de Perico está hecho con decir que era de aventajada estatura y gentil talante, ojos grandes y azules, barba rubia y apuntada: salvo el pelo, que llevaba corto, había en su persona algo de la figura de Jesús, como la concibieron los pintores del Renacimiento alemán; su triste serenidad y la nobleza de su porte le daban aspecto de gran señor, venido a menos por malquerencia de la suerte. Tal era Perico, a quien los duques querían y apreciaban todo lo que el rico puede querer y apreciar a quien le sirve; hasta le consideraban como raro ejemplo de sensatez y de cordura. «Siempre está en su puesto, nunca se extralimita»—solían decir para elogiarle.

Y, sin embargo, Perico no estaba en su sano juicio: vivía dominado por una manía tenazmente arraigada en su espíritu. El amor había hecho presa en su alma; pero no el amor a una determinada mujer, sino a muchas, a todas las que le agradaban: hoy amaba a una, mañana a otra sin hablarlas nunca, sin poseerlas jamás, pero teniendo constantemente ocupada la imaginación en sus hechizos, de los cuales se creía dueño, cambiando de amante al más leve impulso del deseo.

Trabajaba en la oficina toda la mañana, y por la tarde, hasta las cuatro en invierno y hasta las cinco en verano; a estas horas se iba el apoderado general, de quien él dependía, y quedaba libre hasta el día siguiente: entonces, a no estar el tiempo muy malo, se marchaba de paseo siempre al sitio de moda, a los lugares frecuentados

por la gente aristocrática. Se fijaba en una señora que le gustase, la miraba, en días siguientes volvía a buscarla con los ojos, procurando ocasiones en que verla de cerca, hasta que se la aprendía de memoria, llevándose impresa en el pensamiento su figura para evocarla y contemplarla cuando le acomodase. Dotado de una energía prodigiosa para aprehender y retener mentalmente las líneas fisionómicas y los rasgos característicos de las que le llamaban la atención, conseguía hacerlas revivir en su fantasía, y allí las conservaba cautivas como en un harem misterioso, donde sin necesidad de la voz, a la menor insinuación del capricho se le presentaban sumisas y, si él quería, enamoradas. Era al modo de un avaro que tuviera la facultad de soñar despierto con montones de riquezas. Pasaba junto a una beldad examinándola, detallándola con el rabillo del ojo, y volvía a pasar hasta que rostro, cuerpo, modo de andar, si iba a pie, manera de reclinarse, si en coche, todo se lo apropiaba almacenándolo en los senos recónditos de la memoria, que luego a su antojo se lo devolvía sin mudar un pelo de su sitio, ni alterar la expresión de un gesto. Había mujeres con las cuales tenía de estos amores unilaterales y platónicos tres o cuatro meses: otras, le hastiaban a los quince días o antes. Su potencia para retener imágenes y su facilidad para evocarlas rayaban en prodigio: pronunciar mentalmente el nombre de la escogida y tenerla presente como si estuviera viva, eran una misma cosa. De esta suerte, estuvo en relaciones con las damas más aristocráticas y elegantes de Madrid y, por excepción, con algunas burguesas ricas, de suprema distinción y belleza.

Caracterizábase esta locura, si tal nombre merece, por lo mansa e inofensiva, pero no permanecía secreta. Algunas de las damas por él favorecidas, se habían fijado en Perico, y unas por otras sabían que era un pobre loco, tranquilo, que se contentaba con mirirlas sin asomo de insolencia ni descaro. A nadie perjudicaba, salvo a sí mismo; porque semejante ajeteo mental, fuera de las horas de oficina en que lo dominaba, le había predispuerto el cerebro a mayores perturbaciones.

Así vivió algunos años, aguzándose y perfeccionándose de día en día la facultad de retener las figuras de sus elegidas para recrearse en ellas ilusoriamente, cuando, de pronto, lo que era mero fenómeno especulativo, pasó al dominio de la realidad.

* *

En cierta calleja excusada, y en el momento de salir por la puerta trasera de una iglesia, vió cierto día una dama hermosísima. Iba vestida de alivio de luto, de negro con lazos malva; era rubia, esbelta, de andar airoso y representaba de veinticinco a treinta años. Bastaba contemplarla un instante para adivinar en ella a la mujer persuadida de su belleza, acostumbrada a vencer y maestra en hacerse desear; pero caprichosa y pródiga de sus encantos, luego de resolverse a rendirlos. Todo esto daban a entender sus ojos grandes, azules, claros, de mirar lánguido, pero insistente, y las líneas de su cuerpo que parecían estremecerse a cada paso.

Perico se la encontró de frente, causándole tal impresión su belleza, que se le pintó el asombro en la cara. La dama, comprendiendo el efecto que había causado, se sintió lisonjeada; pero el modesto pelaje de su admirador le hizo poquísima gracia. Perico le pareció un hombre guapo, pero no un caballero, en lo que se refiere a la ropa. Luego, siguieron andando en sentido contrario. Perico se volvió para mirarla desde una esquina y la vió subir a un magnífico automóvil que la esperaba; después, el coche pasó junto a él en el momento que ella bajaba el vidrio.

El infeliz perdió la tranquilidad, el apetito y el sueño. Presto comprendió que aquella vez sus impresiones eran distintas de las pasadas. En un principio, el semblante y el cuerpo de la dama, reproducidos en la mente por la voluntad, con su acostumbrada potencia de recordación, le causaron indecible agrado; aquella imagen se le presentó tan sincera como las otras; mas cuando quiso borrarla de la imaginación, no pudo. En vano intentaba arrancársela del pensamiento, aunque fuese para volver a llamarla; no se iba, antes al contrario, permanecía y persistía adquiriendo por horas, por momentos, más intensos carácter de realidad: la tenía delante, no ya como un deseo que se cuaja en el

LA CARICATURA FRANCESA

aire, sino a modo de aparición tenaz que, amorosa e implacablemente, le hostigaba.

Por otra parte, la circunstancia de que ella se hubiese dado cuenta del efecto que le causó su belleza, le molestaba sobremedida, porque juzgaba imposible buscarla y seguirla sin que lo notara. Ya en aquel amor no existía el secreto, el misterio en que se fundaba su dulce desvarío.

Arrastrado, sin embargo, por una fuerza superior a su voluntad, volvió a la calleja, frecuentó aquellos lugares y tuvo la suerte de verla: lo que no consiguió fué pasar inadvertido. Aunque pretendió dominarse, de nuevo se le asomó la admiración a los ojos; mas lo sorprendente del caso, fué que a ella se le alteró el rostro con expresión vagamente gozosa. No puso el semblante que pone la dama aristocrática a quien molesta que la mire amorosamente un hombre de condición inferior a la suya; lo que expresó fué el recóndito agrado de la mujer halagada, lisonjeada, por haber inspirado un sentimiento tanto más sincero cuanto que quien lo experimenta ha de saber que no debe esperar verlo correspondido.

Pasó mucho tiempo. Perico siguió buscándola, mirándola, contemplándola, sin tratar jamás de acercarse a ella.

Y aquí quedaría envuelto en el misterio la aventura de Perico Proaza, si no revelase lo que sucedió después la siguiente carta, escrita por la condesa viuda de Bocángel a su prima madama de Cœuratous.

«Querida Hortensia: Con decirte que cuando vuelva a París no haré la vida frívola y alocada que antes hice o que, para hablar con propiedad, hacíamos, está mi situación explicada. Iré a comprar ropa, pero se acabaron los devaneos y las imprudencias.

»Estoy enamorada de veras y ¡asómbtrate! yo, la mujer más buscada, mas solicitada *apres toi*, por los conquistadores ricos, elegantes y de buen tono, he tenido que proceder a la *busca y captura*, como creo que se dice en lenguaje judicial, del hombre a quien quiero, que es pobre y que va vulgarísimamente vestido. Cuando, después de haberme seguido muchas semanas, quedé persuadida de que nunca se atrevería ni aun a escribirme, determiné averiguar quién era, reuelta a procurar luego que se acortasen entre nosotros las distancias, a menos que la condición de su vida no le hiciera absolutamente indigno e imposible para mí.

»Pronto supe que estaba empleado en casa de mi tía, la vieja duquesa de San Clemente de las Moras; fui a verla, y los elogios que hizo de él me inspiraron la línea de conducta que adopté. —Sabía todo eso—repuse en el acto—y como ese hombre es una alhaja y la administración de mis bienes anda muy mal y yo estoy medio arruinada, he venido a pedir a usted que me lo preste, que me le deje usted venir a mi casa cuando él quiera, como quiera y el tiempo que le parezca, a ver si me la gobierna y salgo de dificultades y atrasos.

»En el acto le mandó a llamar. Para él y para mí, para los dos, fué un momento de prueba.

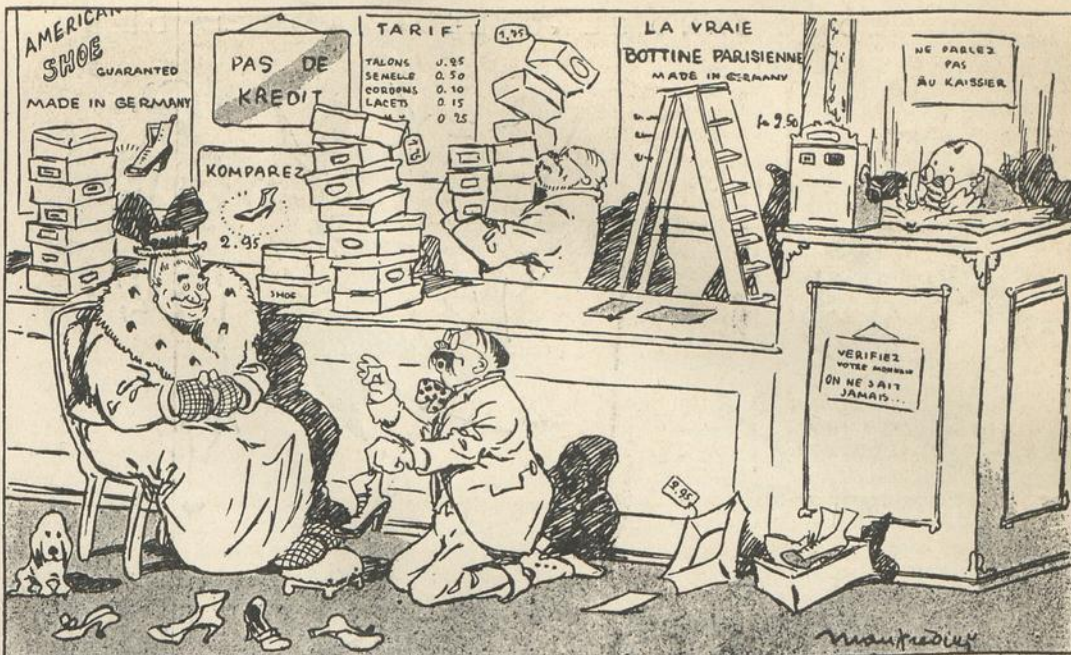
»Cuando salió del gabinete, la duquesa me habló de él largamente, contándome no sé que extrañas manías de aquel hombre: me dijo que se enamoraba de cuantas señoras veía, que, aparte de sus dotes de administrador y organizador, era un chiflado; que sé yo, muchas rarezas, cosas absurdas: ¡Ella si que debe de estar chiflada!

»Restaba para mí lo más difícil: persuadirle de que yo no era una mujer desapudorada y liviana. A la mañana siguiente, cuando se presentó en mi casa, le dije, con los ojos bajos y lo más turbada que pude: «Ayer, al ir a ver a la duquesa, no sabía quién era usted... pero usted comprenderá que esto no es posible.»

»Entonces él, con aplomo admirable, repuso: «No la comprendo a usted, señora condesa. ¿Usted me conocía?» Yo le pregunté entonces, desconcertada: «¿Pero usted no me conocía a mí?» A lo cual contestó con pasmosa serenidad: «Ayer fué la primera vez que tuve el honor de hablarla... y aun de verla.»

»La situación estaba salvada: fingiendo que no me conocía, no resultaba vergonzoso para mí que yo le hubiese buscado.

»Andando el tiempo, me convencí de que la duquesa tenía razón: en el cerebro de Pedro había algo enfermizo, débil y peligroso, como hay



—Esto es cuero, señora; mejor que cuero; verdadera imitación a cuero; puro cuero... Con bota de este cuero y falda corta, crea usted, señora, que donde usted vaya despertará su presencia la atención de todos.

(De La Baconnette.)

en mi corazón, y tú lo sabes, algo anómalo, pervertido y mal sano.

»Pero los dos nos curamos mutuamente: yo, dando realidad a sus ensueños platónicos; él, infundiendo poesía a lo que para mí nunca la tuvo hasta ahora. Hoy comprendo que no está la íntima y soberana dicha del amor, en inspirarlo, sino en sentirlo. ¡Lástima grande que cuando amamos de veras, no podamos extirpar el recuerdo de cuando creímos que amábamos! Adiós, monina: y envidiame ahora, como te ha envidiado otras veces, tu prima, Teresa.»

Jacinto Octavio Picón

NUESTRO PLEBISCITO

Con arreglo a la base 5.^a de nuestro *Plebiscito para la formación de un Gobierno Nacional*, el día 20, a las doce de la noche, quedó terminado el plazo para la admisión de talones a la votación.

El número de los recibidos, como la tirada de nuestra revista, ha excedido de lo que calculábamos. Son muchos millares los llegados a nuestras oficinas, y en éstas, dos de nuestros dependientes, están ocupados en la entretenida tarea de clasificarlos.

Tan pronto como el trabajo se halle terminado, casi seguramente en el próximo número, expondremos su resultado.

Siempre creímos que éste resultaría interesante y tal vez práctico; pero después de los últimos debates parlamentarios en que de modo tan vivo como elocuente ha quedado afirmada la inconsistencia de la actual situación, vislumbrándose como única posible solución un Gobierno Nacional, creemos, cualquiera que sea el resultado de nuestro Plebiscito, haber hecho un servicio a nuestro país.

MENSAJERIAS

(CONTESTACIÓN PAGADA)

Bella Pinguito...

¿Con que contratada en el Retiro? Es natural. ¡Hace ya muchos años que debían haberle dado a usted el Retiro!

Ministro de Marina...

Pero bueno; ¿hay o no trabajo en los Arsenales? ¿Vienen o no vienen los submarinos de Nueva York? Porque ya sabe usted que lo de «En Nueva York hay un tranvía», se cambia ahora por «En Nueva York hay un submarino», aunque la letra sea más larga.

Más larga es la otra letra y la pagaremos sin chistar.

Alcalde de Madrid...

Hablábamos del Retiro forzoso, amigo D. Martín. Hemos visto que al concesionario se le da de balde, y encima, para que no lo ponga él todo, se le dan 200 pesetas diarias. ¿Qué es aquí lo forzoso? ¿El concesionario? ¿El Retiro? ¿Las cupletistas? ¿Las 200 beatas? ¡Por las barbas de Júpiter! ¡O si usted quiere, por las barbas de usted, que son completamente jupiterescas!

Concejales A, B y C...

¡A disfrutarlas con salud! (Difícilillo lo vemos).

Un «ministro de trapo»...

Abogado defensor de timadores; gobernador inepto cuando lo de la calle Mayor; alcalde tan desacertado que ha llenado de líos y de pleitos al Ayuntamiento; ocupante, cuando está pendiente lo del Extrarradio y se juega y se tima a mansalva, del sillón que llenaron hombres como Alba y La Cierva!

Usted es «la llave», Don... Fulano.

¡La llave que lo «guarda» todo, naturalmente!

Ernesto Vilches...

—Bello país debe ser el de América, papá.
—¿Te gustaría ir allá?
—Pero no voy a poder.

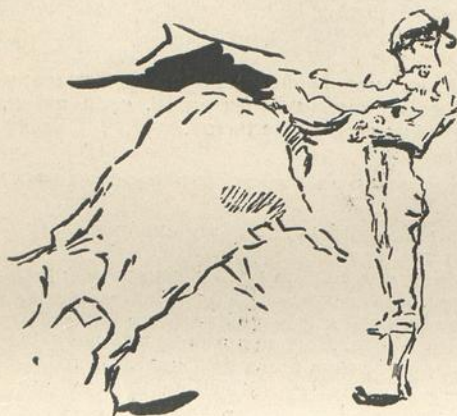
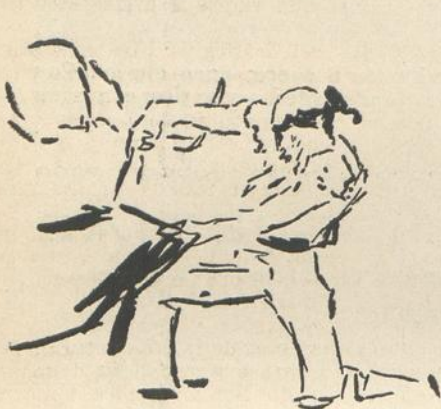
Jardín Botánico...

¿Nos quiere usted decir, señor Botánico, por qué está usted cerrado a piedra y lodo? (Anda, parece prosa de Miranda, vestida con esdrújulos y todo!)

Probad los espárragos TREVIJANO

LA CORRIDA DEL MARTES EN MADRID, por Ricardo Marín

CÓMO GANÓ EL «GALLO» LA OREJA DE SU SEGUNDO TORO



CÓMO GANÓ BELMONTE LA OREJA DEL ÚLTIMO TORO



COSAS DE LA SEMANA

Las pobrecitas Sociedades navieras, que, como diría Romanones, *tienen la desgracia de ser propietarias* de los barcos que más dinero ganan con la guerra, se han reunido con objeto de oponerse al pago del impuesto sobre beneficios extraordinarios.

Las tales Sociedades se titulan «fuerzas vivas».

¡Y tan vivas!

Pero esta vez no les valdrá su viveza. Porque el ministro se halla decidido a jugarse su última carta.

Que, por cierto, es la sota del triunfo.

Es decir: la *contraria*, precisamente, del triunfo de Sota.

* *

Quedamos, pues, en que las clases llamadas de orden se convierten en rebeldes.

Y en que el Sr. Maura apoya su rebeldía.

Este D. Antonio es famoso. Emplea el mauser para los motines del pueblo y la dulce oratoria para las sediciones colectivas de la plutocracia.

Para él, la rebeldía del pobre se llama *el Hospicio*; y la del rico, *inoportunidad del proyecto*.

En el primer caso, *un tiro*.

Y en el segundo..., *vamos tirando*.

¡Así da gusto!

* *

Pero hablemos de otras cosas.

¿Saben ustedes a qué se debe el mal humor de las fieras?...

Pues, según el domador herido en Zaragoza, a la caries dental.

Nosotros, al saber, la noticia, nos hemos horrorizado.

Y hemos enviado, en seguida, un frasco del «Licor del Polo» al Sr. Villanueva.

* *

«En breve será inaugurada, en Santiago de Galicia, la estatua del Sr. Montero Ríos»...

¡Ey carballeira!

Según uno de los corresponsales «el monumento se halla muy bien colocado»...

¿También el monumento?... No nos extraña.

Don Eugenio fué el hombre de las buenas colocaciones.

Y aún viven trescientos parientes suyos que no nos dejarán mentir.

* *

El pasado martes fué un día completo.

Por la tarde, una gran faena de Belmonte.

(¡Qué de pases de muleta y qué modo de entrar a matar!)

Y por la noche inauguración de los Jardines.

(¡Qué de pases, también. Y qué modo de entrar... gratis todos los concejales!)

* *

La discusión del problema catalanista sigue dando juego.

El Sr. Lerroux, como siempre, arrobó al Congreso con su oratoria.

Pero el problema sigue en pie.

Y es que el regionalismo no es como una cornada en la pleura, que se arregla en seguida. El regionalismo catalán es el género catalán que más dura.

Luis de Tapia

LA «MEDIANIA»

«El sentimiento del temor del peligro causa una risa convulsiva: los centros nerviosos, cuando reciben la onda exterior, buscan libertar a de ella por medio de otra que trata de exteriorizarse causando la risa.»

(Ribot.—Psicología de los sentimientos.)

La «Mediania» en la Cátedra.—Una «Mediania» es el ser más peligroso de la tierra; sabe que inspira cuidado y es una especie de chulo que vive del miedo que produce su estampa y su conducta. En España vivimos bajo un régimen

repugnante de «Medianías»; el ambiente, propicio a su desarrollo, ha poblado el país con tal número de esos pequeños y espantosos microbios, que juzgamos su existencia como una plaga nacional. Después de la peste de la afición taurina, nada existe que nos haga tanto daño.

La «Mediania» es modestísima y eso hace más difícil su descubrimiento. Antes de salir a la vida pública, aprende a disfrazarse y justo es confesar que lo hace de manera soberbia; se la pega a cualquiera. Ella no tiene prisas, no tiene ambiciones, no tiene envidias, y mientras os hace creer esto con las más efusivas palabras, os da zancadilla y ocupa vuestro puesto. ¡Y le acusáis de hipocresía, se rebaja en las más inmundas protestas; si le echáis en cara su ignorancia, usa contra vuestra justa ira, de la fuerza del mismo puesto que usurpó. Tiene una habilidad tenebrosa: la de defenderse con las excelencias de la institución a cuyo amparo vive; si es militar malo, acude para detener la crítica a la intangibilidad decretada del ejército del país; si es otra cosa y le juzgáis, os contesta lanzándoos sus compañeros y la honorabilidad de cada uno. Es así ese bicho. La «Mediania» catedrática es excepcionalmente maravillosa. Hizo oposiciones y las ganó. ¿Cómo? Ni él mismo lo recuerda ya; pero las ganó y en paz. El mal estudiante aprueba; hecho esto, se queda tranquilo, no sabe más que antes, pero aprobó; podéis demostrarle que además de ignorante es un falsario; él os contestará que unos tribunales de sabios reconocidos como tales por el Estado aprobaron su conducta.

Su doctorado en la Facultad correspondiente, fué una vulgaridad; la Memoria presentada no encerraba fruto alguno de novedad y firmeza intelectual, pero el claustrero le hizo doctor. En las oposiciones obró de esta manera: su novia y la madre de su novia, sus papás y la familia de estos respetables señores, reunidos en Consejo doméstico, determinaron que se encaramara a una Cátedra. El padre, estúpida «Mediania» de padre, habló solemnemente:

—Ha llegado el momento en que demuestres, hijo mío, que eres digno de tu padre. Unas oposicioncitas (sic) te harán un hombre. Tu novia, la bella Lola, espera que las ganes; con ellas ganarás su mano y quibasdám alís... Mas si crees conveniente para tu seguridad que yo revele a Roma con Santiago, por eso no te apures, antes que otros te ganen la plaza por recomendaciones, tú les opondrás un carro de ellas.

Las oposicioncitas fueron ganadas. No sabía, pero simulaba; los psicólogos modernos han demostrado que en todo simulador de cultura hay un escaso talento. Sus conocimientos eran pobres, manidos, venidos a él en traducciones de segunda o tercera mano, sin previa experimentación, desdénando la cultura monográfica, la práctica y lo que él olímpicamente llamaba extranjerismos. Una frase oportuna le atrajo el voto de un cura y dos monjes seglares del tribunal; he aquí la frase:

—Nosotros, los españoles, tenemos la estúpida manía de creer que todo lo bueno viene de fuera, cuando la verdad es que no hay un país que no nos haya copiado... ¡hasta la institución nocturna de los serenos!

Esta frase, celebrada con risas simpáticas por el tribunal, hizo retirarse de la oposición a noventa pretendientes. Uno de ellos que conocía el paño universitario, exclamó:

—Ese tío se ha ganado la Cátedra con esa frasecita filibustera...

La «Mediania» catedrática triunfó de verdad. Se retrató con la muceta y el birrete; se casó con su Lola, hizo las delicias de las dos familias y no cogió un libro más en el resto de su afortunada vida, lo que no quiere decir que se quedara ahí. No, atrás nunca. Su primera misión fué hacer un libro de texto; mil páginas, cien pesetas. Una advertencia de suspender a quien no comprara el libro, apuntes complementarios, atlas consultivos y tablas explicativas, le dió fama de maestro severo. Sin embargo, nada más regocijante que acudir a su cátedra. Como no sabía una palabra, ocultaba su espléndida ignorancia con un gracejo e ironía exquisitos. Pasaba lista de un modo embelesador. He aquí una muestra de su salero intelectual:

—Señor... adefesio y desconcertante Gutiérrez.

—Señor... puerto militar... de Malson.

Los estudiantes reían esto y con ello se hizo tan familiar que los discípulos, por parecerse al

profesor, no estudiaban jota y vivían en pleno imperio del chiste.

Ved el comienzo de una de sus lecciones:

—Un animal, el bestia d Kant, afirmaba que la Moral... Bueno, aquí para entre nosotros, esto de acudir a Kant para explicarse una tontería es como si pongamos por un ejemplo citáramos a Schopenhauer o Chupenjuagues, como ustedes quieran, que de *entrambas* maneras se pronuncia, para que nos explicara qué clase de puya habían de usar nuestros varilargueros de las plazas de cornúpetos...

He aquí otra muestra pedagógica de la enorme «Mediania»:

—Supóngase usted, estúpido si que también palmipedo, Sr. Gómez (El Sr. Gómez es un discípulo que tiene grandes los pies) que es usted Sócrates, y no se ofenda porque no lo digo en el sentido de que usted tenga aquellos vicios...

Al oír esto la cátedra en masa bufó, gruñó, relinchó, se oyen gárgaras, pataleos, ahogos y voces que imitan las amariconadas de los invertidos. La «Mediania» pone orden así:

—Señores: están ustedes convirtiendo una cátedra en una *Menagerie*, y esto es tres lamentable. Me están ustedes poniendo en el disparadero y la batalla de Lepanto va a ser una *m-m-mez* comparada con la que vamos a armar si *vous plais*...

La «Mediania» catedrática se hizo famosa e imprescindible. Sus compañeros lo adoran y lo recomiendan cien veces al ministro que lo encarga misiones retribuidas con dietas y condecoraciones. Su bella Lola lo cree un genio y él concluye por creérselo también. En sus conversaciones la displicencia de sus frases le da una irrecusable autoridad...

—¡Bah! Desde que la *diñó* Santo Tomás de Aquil... no (sic) no ha tenido el mundo filosófico más que maleas. Aquello era un tío; después de él... el caos... y la disenteria.

He aquí, en los exámenes, su gestión:

—¿Tiene el señor alumno la poca vergüenza de no azararse? Y vamos a ver si aquí se ve algo, que *pa mí* que no. Nos ha dicho usted que Descartes tenía algún talento en la cabeza, que algunos mortales llevamos sobre los hombros; pero que sus teorías están más pasadas por agua que un huevo en ese estado transitorio entre la congelación por enfriamiento y la licuefacción por combustión rápida... Tenga el señor alumno la inagotable bondad de no sonreírse, pues desde la cima de las pirámides, cuarenta suspensos os contemplan.

¡Ah, se nos olvidaba! Esta «Mediania» ha sido propuesta en determinadas incubadoras políticas para ministro de Instrucción pública. Y lo será, *no cabe la menor*, como él diría.

La «Mediania» en la Iglesia.—La «Mediania» eclesiástica aprendió en el Seminario que los obispos se hacen fuera de la Iglesia más rápidamente que por méritos propios, y en vez de estudiar se fué por el atajo. Se vistió muy bien y derramó por sus hábitos perfumes nefandos; hecho esto, cuidó de que le vieran siempre en actitudes soberbias. Cierta languidez bien administrada y unas caídas de ojos interesantísimas, le convirtieron pronto en introductor de señoras y éstas le hicieron hombre. Sin saber demostrar a un incrédulo el Misterio de la Encarnación, ni por qué Dios siendo uno es a la vez tres, sin que por ello deje de ser uno, le expidieron permiso de Roma para que le dieran las sagradas licencias antes de la edad consabida. Familiar del obispo, quien le veía quedaba embriagado. ¡Qué manera de andar sobre la alfombra, qué dulzura en la mirada, qué reserva en la boca, qué ojeras!

—Esas ojeras—decía una vez un cura de misa y olla—le llevan al niño ése al Vaticano.

Tenía ese no sé qué eclesiástico que irresistiblemente lleva el cardenalato. No leía, ni estudiaba, por la sencilla razón de faltarle entendimiento; pero ¡qué bella simulación aquella su manera de dar a entender que le era conocido lo divino y lo humano! Escuchaba con la cabeza ladeada, los labios entreabiertos, en los que además, y por refinamiento romano, temblaba una almibarada sonrisa. Su «no» y su «sí», los famosos monosílabos en los que Cristo resumía el saber humano, eran maravillosos, sabía la difícil ciencia de matizarlos, y un ¡ah! o un ¡oh! delante o detrás de ellos causaban en los oyentes un escalofrío. Su confesonario era un júbilo. Guapo, elegante, reservado, frío en las maneras y ardiente en la expresión, todos creían tener delante un sabio oculto bajo la modestia

de un hombre de mundo. El niño había comprendido cuánto no es el poder de hacer creer a los demás que sabemos sin decir jamás una palabra ociosa que traicione nuestra absoluta falta de cultura. Engañó a quien quiso. No predicaba; mas cuando oficiaba en la misa, se iba a verle como a un teatro; ¡qué actitudes en los mil movimientos que exige el Santo Sacrificio!... La baba se le caía a los fieles. Las mujeres se acaramelaban cuando el angelical ignorante elevaba el cáliz un milímetro cada dos horas haciendo creer que se derretía en deliquios e hipótesis...

La esperada marquesa llegó. Cierta día, una aristócrata en estado de merecer, que había pedido audiencia al obispo con objeto de que hiciera canónigo al sobrino de una prima de un hermano suyo, le vió. Verle y sentir en el corazón una voz del Espíritu Santo que la impelia a la protección del niño, todo fué uno. Conversaron; la marquesa habló por los dos; pero al salir de la audiencia, dijo así a una condesa amiga: —Ese sacerdote es encantador. No he de parar hasta dárlo una *Silla*.

Y le dió una *Silla* y todo lo que quiso, que no fué poco.

La «Medianía» en la Literatura.—De todas las «Medianías» la literatura es la más complicada. La literatura suele ser el verdadero de todas las carreras y oficios. Quien fracasa en determinada profesión siempre tiene el recurso de hacerse literato. Es curioso seguir paso a paso a una «Medianía»; su inteligencia no la permite creaciones de mérito, y su voluntad de vencer a toda costa no la deja en paz. He aquí algunos procedimientos. Hay «Medianías» que *diquelan* el ambiente en que viven; si se opusieran, habrían de necesitar entendimiento nada flojo y un corazón de hierro; no oponiéndose, el camino seguro es explotar la iniquidad del medio. Entonces la sinvergüencería, la audacia y el reto, ocupan el vacío de toda idea; quien no se atrevió con las grandes pasiones colectivas, con las altas críticas de las ideas generales, porque ello es afrontar la impopularidad, desafia de este modo:

—El imbécil de literato *Fulano* no tiene en la cabeza más que serrín, se lo hemos visto salir por las orejas. Si no nos pega un tiro, ¿de qué le sirve hacerse las bragas en casa del sastre de los toreros?

Esto da fama de literato. Aunque parezca mentira, España cree que la inteligencia consiste en el desplante y admira al pobre diablo que buscó por el atajo la popularidad de un día. Buenos oficinistas que si apenas salieron a ver mundo por la línea de Vallecas hablan de aventuras inauditas y encuentran quien los cree; ved un ejemplo:

—Entonces estaba yo en Bagdad con una rubiales que robé en Noruega, y me sucedió un caso estupendo. Un día volví al hotel y la encontré en la cama en medio de un chino, amigo mío, y un paraguayo a quien salvé en las selvas de Ceilán de las garras de un pez-espada; saqué tranquilamente una ametralladora y los achi-charré, después me comí los tres cerebros aderezados con huevos y bien fritos por una cocinera kalmuca, mi amante.

Otras «Medianías» fundan un periódico. ¿Para combatir por excelentes y difíciles problemas de bien general? No, señor. He aquí el programa:

EL COCO

Periódico nocturno, agresivo e inhospitalario. ¡Contra todo y contra todos! Ideas maestras a precios convencionales. Detectivismo intelectual. Se quita de en medio a quien estorba, con tarifas módicas. Colaboradores iconoclastas. Cuidado al entrar en nuestra Redacción porque tenemos en vez de un perro de lanas un tigre auténtico cazado por nuestro director.

Lo trágico de esto consiste en que triunfan; durante unos meses tales sujetos hipotecan el histerismo de la nación, venden cuanto hacen y los periódicos los temen tanto que publican retratos y juicios encomiásticos. Hay directores que han recibido una carta concebida así:

—«Si no publica usted mi retrato y dice usted que después de Shakespeare no ha escrito nadie como yo, publico en mi Semanario un artículo diciendo que he dormido con su mujer y he tenido un hijo chato de su hija.»

Las «Medianías» literarias no se andan por las ramas. Visten bien, venden sus libros, encuentran editores, huronean libremente por los escenarios, cultivan amistades con toreros o gen-

te cuya compañía da cartel. Se busca su intimidad y agrada su decoro y poca vergüenza. Los políticos les auxilian. El que esto escribe ha tenido en sus manos una carta dirigida por un político a una «Medianía» del género «matoides literarios», y que decía así, algo invertidos los términos para que nadie se dé por aludido:

—Venga usted a mi despacho y le bucaremos las dos mil pesetas, aunque la cosa está muy mal, pues nos comen vivos los peticionarios. Tráigame a Mengano y aconséjeme no insista en...

Otras «Medianías» escalan sus puestos a fuerza de hablar bien de las figuras que más bullen; poquito a poco se colocan a su lado; éste las devuelve públicamente los elogios, y un banquete laboriosamente organizado consagra al literato ante sí mismo y los que se le parecen. Esa fama ficticia les basta para vivir y les sobra para consolarse de la conciencia que ellos mismos tienen de no valer cosa alguna.

Felizmente estas «Medianías» mueren casi siempre de resultados de un banquete dado en su honor.

La «Medianía» se defiende bien. El verdadero talento, el genio mismo, nada pueden contra ella. Adulando el ambiente desde la tribuna que escalaron, tienen la seguridad de que el ambiente le protegerá. Y así es. Nuestro país, el país de las «Medianías», ha hecho con ellas causa común. El genio es un león orgulloso, noble y bueno, y las desprecia no sin tener para ellas un gesto de piedad, porque en toda «Medianía» hay un joven víctima de ese maldecido ambiente al que sin duda se rinde... por hambre.

La «Medianía» hace teatro.—El teatro por horas, además de ser una calamidad nacional, puede llevar un hombre a la Academia. Una obra teatral del género chico produce miles de duros, y la «Medianía» es literata porque se vive no del todo mal con los partos del ingenio; sobre todo cuando esos hijos del entendimiento son ilegítimos o fruto de una noche verbenera. Este cantable da a una «Medianía» miles de pesetas y le mete de cabeza en la Academia, que otras cosas peores hemos visto:

*«En el ojo de una llave,
puse yo una vez un ojo... etc...»*

Hacer reír es muchas veces hacer pensar. Mas hacer reír por la risa misma es una pobre misión en esta España nuestra, harta de risa y vulgaridad. A la «Medianía» le importa un bledo su patria y su época; hace chistes porque dan dinero; el pueblo acude al teatro porque el pueblo necesita teatro, y las «Medianías» apoderadas de esa formidable tribuna le *largan* un argumento pobre, anémico, que no tiene originalidad, ni novedad, ni nada y le *hacen de reír* a la fuerza, quieras que no para justificar esas pesetas, las peor ganadas que puedan darse. ¿No es tristísimo, vergonzoso y espantable ver ocupados nuestros teatros con esas inundaciones de gracias grasientas sin que los empresarios ni los cómicos tengan valor para acabar de una vez con ese ingenio necio y bufo? Si lo es; mas nuestro país no renova sus valores ni sus costumbres, nadie se cuida de hacer pueblo y hasta parece que las clases altas han dado esta consigna a gobernantes e intelectuales:

—Dejad que el pueblo se embrutezca; si él se diera cuenta de la miseria moral en que vive, sus represalias y su desesperación serían espantosas.

Los críticos taurinos por un lado, todos los días aumentan esta miserable objeción; las «Medianías» literarias y políticas no revolucionan su modo tésico de ver los problemas y las cuestiones. Entre tanto... el pueblo devora la bazo-fia que le sirven y ríe. Tal vez ríe de que sobrevivía a tanta miseria y sarcasmo.

Eugenio Noel

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

FÁBRICA DE RELOJES
CARLOS COPPEL

Fuencarral, 27.—MADRID

Relojes pulsera, en platino, oro, plata y oro xli (imitación oro.)

A CADA RELOJ ACOMPAÑA

CERTIFICADO DE GARANTÍA

REMESAS A PROVINCIAS

Biblioteca Nacional de España

LOS HOMBRES DE SUS LIBROS

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

Descúbrete, lector.

Vas a entrar en el alma de un poeta. Y esto es más sagrado que entrar al palacio de un rey o a la suntuosa vacuidad de un templo.

Tú, que has leído muchos libros de versos durante lo que llevamos de siglo, has perdido ya la noción de lo que es un poeta. Tales fueron las garrulerías artificiales, el conceptismo pedantesco, la pobreza mental y la sequedad enfermiza que había en esos libros. Desconfías ya un poco de los que llaman a tu sensibilidad, y haces bien.

Pero esta vez aguardan a tu vida un resplan-



López Martín, en el Retiro

dor y una emoción nuevas. Bien vale la pena de que olvides el desencanto producido por los libros huérfanos de alma y abras las páginas de uno bien ungido de ella.

Este libro se titula *La raza del sol*, y lo firma Fernando López Martín. Antes había publicado *Sinfonías bárbaras*. Lo que en su primer libro afirmaba, lo ratifica en el segundo. Estás en presencia de uno de los tres—si acaso cuatro; pero nada más—poetas que hoy día tienen derecho a decir sin rubores su nombre.

Por eso dije, lector, que te descubrieras.

* *

Yo le llamo a este poeta el hombre del Retiro. Alguna vez se cruza con él la multitud qeterogénea y heteróclita. Y la multitud le mira levemente asombrada, porque en la ciudad indolente este hombre significa una voluntad; entre los ciudadanos que no tienen nunca prisa, él siempre va a zancadas largas con un bastón grueso de vagabundo en las manos enormes y con un verso luminaria en la enorme frente.

«Cabeza redonda de antigua bala de cañón; rostro armónico y estatuario de guerrero de Roma; espaldas monstruosas como Mirabeau. Su fuerza física es prodigiosa, como el vigor excepcional de Byron y de Danton»—ha dicho de él Iglesias Hermida.

La voz es digna de esta silueta del hijo de Júpiter y de Alcmena amamantado por Juno. Es una voz cóncava, rotunda, en las que las estrofas adquieren bronceas sonoridades, las blasfemias una energía desconocida y los apóstrofes una indevoluble ratificación. Pero también es,

bajo las frondas, de una dulzura infinita y triste. Antes de que la Gloria le buscara—porque él no se molestó en solicitarla como los demás cortejadores que la compran o la cambian o la engañan—era lo mismo que ahora sigue siendo: el desairragado de la ciudad, el que las redacciones de periódicos ignoran, los cafés de media tostada literaria no conocen y que no puso jamás sus pies en el Ateneo.

Tiene la altivez de su independencia y el orgullo de ser como un Robinson en el Madrid de hoy. Acaba de pasar bajo el dintel de los treinta años, y diez y nueve de ellos han transcurrido en el Retiro. Cotidianamente, inevitablemente, bajo las ventiscas invernales o atravesando las estivales cal nas ardorosas, va con su paso de zancadas, su pendular movimiento de brazos y su frente abrumada de bellezas hacia el Retiro.

Su vida está y estará ligada a él. Oírle hablar del Retiro, es como leer una novela de aventuras y descubrimientos. Madrid no se da cuenta exacta de lo que el Retiro significa realmente, detrás de las apariencias de niños que juegan, institutrices que firtean y de concejales que enriquecen sus haciendas y empobrecen su medula con el trato de cupletistas y veraniegas.

Todo un mundo misterioso y trágico y sensual y grotesco y romántico hay oculto en las avenidas que parecen desnudas de secretos. Pueblan esta tierra, desconocida de los madrileños, seres extraordinarios: los eróticos anormales, los misóginos, los aprendices de acróbata, los atraídos por el demonio de los suicidios, los ladrones, que como aquel personaje de una novela zoliana, pudo estar cerca de un mes escondido y acosado por la policía en el Bosque de Bolonia.

Y este mundo ve en Fernando López Martín a un contemplador inofensivo y desdeñoso para cuanto ellos significan. Así como él sabe en qué nido de lejano e intangible árbol ha empezado a piar una nueva vida, sus pasos no hacen huir a los átiros de capa en el invierno y periódico desplegado en el verano. Conoce los rincones en que se puede amar libremente y las avenidas en que un hombre puede meditar, sin peligro de optimismo, la conveniencia de dar un puntapié a la vida antes de que la muerte ponga en ella la esquelética mano.

Acaso alguna vez escriba un libro que se titule *Descubrimiento del Retiro*, y entonces la gente quedará estupefacta de que hay seres y misterios y bellezas que no pudo imaginar nunca oyendo gritar: «el 25, el 3, el 7... ¡la hora!» junto al estanque; contemplando las bestias apolladas de la «Casa de Fieras», oyendo los trompetazos de la Banda Municipal o tomando el chocolate de ladrillo molido y la leche almidonada de la vaquería.

Acaso no le escriba nunca, por guardar para sí encanto de este Retiro que de hecho le pertenece. Y por gratitud, además. Porque este hombre se hubiera asfixiado en la ciudad y este poeta no habría podido escribir sus versos sobre la mesa del café o en una de estas cajoneras que son las madrileñas casas. Tiene que gritarles bajo los árboles al aire libre, entre dos flinfiles acrobáticos o tumbado sobre el césped, rostro al sol, o aprendiendo a despreciar la Humanidad viendo cómo un *tejista* enseña algo más que la página bíblica referente a Onán, el inútil esposo de Tamar, la fenicia, a una *miss* romántica o a una nodriza paisana de Melquiades Alvarez.

Todas las mañanas, bajo las pálidas opalescencias de los ortos, entra el poeta en sus dominios. Y en los vesperales crepúsculos, ha de abandonarles fatalmente. Sale el último de todos, cuando ya empieza a chirriar la tercera verja de las tres puertas principales, fronteras a la calle de Alcalá.

Los guardas llevan la mano a sus gorras. —¡Buenas noches, D. Fernando!

Y este poeta que, para honra de los reyes, tiene nombre de rey, saluda alzando su garrote de vagabundo como un cetro.

Luego se hunde en la ciudad, pesados, aturrido, intimidado de ella. No le veréis en los teatros, ni en los restaurantes nocturnos, ni discutiendo filosofía y rebajas de tarifas con las rameras.

A esta hora en que Madrid se encenaga, el gran poeta duerme. Cuando ese mismo Madrid se acueste, ya el poeta camina por entre los barrenderos, los panaderos, los oficinistas sin protector político y las modistillas gentiles a través de las calles amplias, hacia el Retiro.

Y así han nacido estos poemas dignos de Antologías, que se titulan *La Selva Negra*, *Misere-re*, *Aún es Castilla*, *La verdadera vida*, *Floreal*, *Los vientos*, *Las trillas*, *Los molinos del Tajo*.

Y así, por estar sano de cuerpo y espíritu, capaz de todas las noblezas y todas las gallardías, ha concretado en unas estrofas de *La raza del sol* el sentimiento de los verdaderos españoles de hoy:

Vosotros, mis hermanos;
¿por qué duro canino,
callado de armonías
y lleno de impiedades y falsías
os encauzó el destino?
¿Por qué tendéis las manos,
en un fraterno amor, a los germanos?
¿Por qué olvidáis, protervos a la raza, los transparentes

(tules
de estos mares y cielos siempre azules,
y os hundís en las brumas
que empañan los crepúsculos y ciegan el blanco resplandor

(de las espumas?
¿Olvidáis que son nuestras las pasiones y nuestros los hu-
(manos intereses
que dicen en sus rimas luminosas los líricos franceses?

Cyrano es loco y fiero;
¿no es éste el galardón del pueblo ibero?

José Francés.

Mi proyecto de Monumento a Cervantes

No me impulsó a conservar en aquel certamen ni el estímulo de una resonancia, ni la codicia de una recompensa, que hubiera sido mi ruina.

Si a él acudí fué singularmente por homenaje a mi culto cervantino, manifestado ya desde mis primeros años.

Impulsóme también una remembranza de aquella ciudad, de aquel medio que troqueló el inge-



nio de Cervantes, sentido y vivido por mí, sugiriéndome intuiciones inconscientes, que al cabo he visto prevalecer y hacerse incontrovertibles.

Porque Sevilla y Cervantes van ya de tal modo compenetrados, que sin la una el otro no se explica, y cuanto más se estudia más se comprende de dónde él tomó toda aquella filosofía, que era la que acataba y distinguía al espíritu de la bella ciudad, entonces en todo su auge; tan poética por la fantasía de sus gentes, como amena por su fino humorismo contra todo lo ridículo e inconsistente, tan humana en sus pasiones y tan llana y sencilla en su moral y política.

A la sombra de aquella Giralda y al son de sus campanas concibió el genio su creación inmortal y asistido por las gracias y musas bélicas la hizo brotar en raudales de limpiísimas corrientes vivificadoras.

Una nueva vida, una nueva fórmula de verdadero humanismo, de moral universal y de

sentimientos más entrañables, fueron los que, adueñándose de su espíritu y sublimados por su estilo insuperable, informaron sus más altas creaciones, más nuevas y más luminosas cuanto mayor sea el progreso de las generaciones.

Cervantes formuló la transición de la antigua a la nueva vida; colocado en la línea divisoria, combatió la caballería y el honor, cifra moral del privilegio, propia de una época aún obscura y poblada de monstruos y endriagos, sustituyéndola por ideales más esplendorosos y de renacimiento, en que la idea de la libertadora virtud cristiana suplantaba a toda otra hidalga, pero más pobre, concepción ética humanitaria.

Por eso nos ofreció el contraste del caballero devoto de un ideal caduco, al lado del escudero, digno de mayor cultura, que sin pensar va igualándose con su señor por la eficacia de las puras ideas, vertidas en un libro admirable, digno de un ara para su culto y de un mundo para ser adorado. Todo va convergiendo desde entonces hacia aquel libro, tan original como clarividente; gracias a él, la Hispania ibera congrega las naciones para su homenaje, y por las distintas partes del mundo es proclamada la inmortalidad de obra tan maestra, cincelada en el idioma soberano en que su autor se expresaba.

Así, pues: el *biblos* es el testamento de Cervantes, quien dando la espalda a todo lo medioeval, con sus torres chipiteladas, sus garitas y orbalantes, sus blasones y emblemas, preside el coro de las Musas, y con la más risueña sátira ayunta toda mezquindad, sembrando con su pluma las ideas más fecundas que han de prevalecer en las edades futuras; es cierto que mata, pero para dar mayor vida, destruye lo incompatible con la realidad, puro sublima lo real con su ciencia piadosísima, de la realidad se nutre, buscando su grandeza no por la exaltación, sino por la serenidad y el equilibrio de las más graves potencias.

Por ello es tan grande su acción educadora, pues deleitando lo propio al niño, que viejo, al que sólo percibe el brillo de la forma más externa, cuanto al que penetra en su fondo, va infiltrando en los humanos el concepto de la dicha por el goce del mutuo amor, que todo lo perdona y del deber personal cumplido.

Tenia, además, que ser eminentemente español para ser grande, tanto en sus ideas, como en sus formas, y al estilizar éstas, les imprimió aquel acento oriental, tan nuestro, que siempre nos asiste, aquella compenetración estética, por él tan bien sentida, al extremo de simular su obra como traducida del arábigo.

Los materiales de que se vale son los del lenguaje, los del idioma castellano, y por ello, limpiándolo, abrigándolo y haciéndolo destellante, en ingente faro se convierte todo el monumento, al esparcir por el espacio los rayos que de su cima irradian.

El espíritu cervantino, fustigando lo pasado y abriendo los nuevos horizontes del porvenir, valiéndome para ello de la forma más genuina, fué lo que me propuse esbozar en el monumento, por medio de líneas arquitectónicas y formas escultóricas, en lo que mis alcances me permitieron.

N. Sentenach

SON PREFERIDOS POR EL PÚBLICO EN GENERAL
LOS CHOCOLATES Y DULCES
DE

MATIAS LOPEZ

DE VENTA EN TODAS PARTES
OFICINAS: PALMA ALTA, NÚMERO 8

En el Establecimiento tipográfico de la Casa UNGRÍA, donde se imprime esta Revista, se hacen catálogos ilustrados, Revistas gráficas y toda clase de trabajos artísticos, así en la Imprenta como en la Litografía.

Nuestros equitativos precios y la elegancia y perfección de los trabajos que ejecutamos nos han traído tanta clientela, que hemos tenido que aumentar considerablemente los elementos de producción.

UNGRÍA, PLAZA DE LA ENCARNACIÓN, 2
Teléfono 3.612

**PRECIOS
DE SUSCRIPCIÓN**

Trimestre, España 1,25 pts.

Año..... 5 »

Año, Extranjero . 7,50 »

**SOLICÍTENSE
TARIFAS DE ANUNCIOS**

LA SEMANA

REVISTA POPULAR. 10, Carrera S. Jerónimo, MADRID

FIESTAS DE CARIDAD EN LEÓN Y GRANADA



Señoritas de la aristocracia de León, asaltando al alcalde de aquella capital
"El día de la Flor", fiesta recientemente celebrada. (Foto Winocio.)



Distinguidas señoritas, en "La fiesta de la Caridad", recientemente celebrada en Granada. (Foto Torres Molina.)

BANQUETE DE LOS EMPLEADOS DEL CUERPO DE PRISIONES



El director de Prisiones, D. Isidoro Rodríguez, con los funcionarios Sres. Cadalso, Salillas, Viso, Junquera, Cano y Calleja, organizadores de la fiesta. (Fotos Ortiz.)



Mesa presidencial del banquete celebrado en el Hotel Ritz por los empleados de Prisiones, para celebrar el XXXV aniversario de la constitución del Cuerpo.

EL REY EN LA ACADEMIA DE INGENIEROS

